

BOLSILIBROS

Oeste



OESTE
LEGENDARIO

Lou Carrigan

LA CAMADA



Lectulandia

El mayor de ellos debía tener quizá, dieciocho años. El menor, unos trece. Los otros oscilaban entre estas edades. Pero, además de la extremada juventud de todos, había algo más que los convertía en un grupo interesante: desde el de trece años al de dieciocho, todos llevaban revólver.

Lectulandia

Lou Carrigan

La camada

Oeste legendario - 98

ePub r1.0

Titivillus 06-08-2019

Título original: *La camada*
Lou Carrigan, 1989

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

más libros en lectulandia.com

LA CAMADA

LOU CARRIGAN

CAPÍTULO PRIMERO

Eran seis muchachos.

El mayor de ellos debía tener quizá, dieciocho años. El menor, unos trece. Los otros oscilaban entre estas edades. Pero, además de la extremada juventud de todos, había algo más que los convertía en un grupo interesante: desde el de trece años al de dieciocho, todos llevaban revólver.

No cualquier pistola vieja más o menos utilizable todavía, no. Ni tampoco llevaban el arma en un bolsillo, por ejemplo, o metida entre el cinturón y la camisa... No. Todos, los seis, llevaban un revólver magnífico, de seis tiros, cartuchos metálicos y cañón basculante para la carga del arma y retirada de los cartuchos vacíos. Y lo llevaban en una formidable funda de fino cuero flexible, en cuyo extremo, otra fina tira de piel la sujetaba a la pierna, por encima de la rodilla. Tampoco hacía gracia verlos armados así, porque incluso el más jovencito de todos sabía llevar muy bien el revólver.

Caminaban de un lado a otro con toda soltura, y ni una sola vez su mano derecha tropezaba con el arma, cosa que podía esperarse, con cierta lógica.

Estaban todos cerca de un carromato grande, con ventanas a los lados, pescante alto y también entrada por atrás. En un lado del carromato se leía:

«Casius Morrissey Dentista-Barbero-Sangrador».

Ponía lo mismo en ambos lados, y eso era todo. Los dos caballos que normalmente tiraban del carromato estaban todavía sin enganchar a las barras, un poco alejados, junto a otros tres menos robustos, pero, indudablemente, más rápidos y más fáciles de montar.

Cerca del carromato había una pequeña fogata, alrededor de la cual iban y venían los muchachos, ordenándolo todo, preparando las tres sillas de montar, lavando los cacharros que habían utilizado para el desayuno, recurriendo para ello al agua del arroyo.

Y ante la fogata, con la cabeza inclinada sobre el pecho, pensativo al parecer, sombrío, escalofriante, pavoroso, el dentista-barbero-sangrador Casius Morrissey. Era un poco difícil calcularle la edad, pero no podía tener menos de cincuenta y cinco años. Quizá sesenta. Sus cabellos eran una fea

mezcla de gris y negro, pero, ciertamente, no era eso lo que le daba aquel aspecto entre grotesco y terrible. Parecía aún un poco adormilado, sosteniendo el pote de café, fija la mirada de su único ojo en las brasas de la fogata. Todavía no se había puesto el negro parche en el rostro, de modo que se veía, en toda su trágica fealdad, la cuenca vacía del ojo izquierdo. Era en verdad estremecedor contemplar aquel pequeño pozo de tinieblas, rodeado de profundas cicatrices que convertían el lado izquierdo de la cara en un amasijo de carne como... apretada, machacada, triturada. Visto de perfil por el lado derecho, Casius Morrisey era un hombre vulgar. Pero visto de frente, o por el lado izquierdo, podía, como suele decirse, darle un susto al miedo.

Vestía completamente de negro, incluso la camisa. Todo en él era negro, tétrico, sombrío, trágico, espantoso. En cambio, los seis muchachos eran estupendos. Sanos, fuertes, de buena estatura, erguidos, agradables. La noche y el día. Lo bello y lo horrible.

El mayor de los muchachos se acercó a Morrisey.

—Ya está todo recogido, Casius.

El tuerto alzó la cabeza, y su único ojo miró con un destello de aprobación, quizá de afecto, al muchacho.

—Muy bien, Elmer. Preparad ahora las cosas para el ejercicio de la mañana. Partiremos cuando hayáis terminado. Ya sabes que cuando el sol empieza a subir me gusta estar en camino.

El muchacho asintió con la cabeza, sonriendo, mirando hacia el Este, donde se veía el intenso resplandor color naranja. En realidad, casi podía verse muy bien el sol... Sí, igual que media naranja. Aquél era un hermoso lugar, cerca del Pecos. Sólo se oía el rumor del arroyo, el canto de algunos pajarillos, el piafar de alguno de los caballos, que acababan de ser enganchados al carro los dos más gruesos, y ensillados los otros tres.

—Oye, Elmer... —dijo el más jovencito, acercándose—. ¿Cuándo vais a dejarme a mí ir a caballo?

—Cuando crezcas —rió Elmer.

—No necesito crecer más para que mis pies lleguen a los estribos de tu caballo —protestó el muchacho más joven de todos.

—Es verdad... —rió Elmer—. ¡Estás hecho ya todo un hombrecito! Por lo tanto, tienes que trabajar, ser útil a los demás del grupo... Así que ponte a recoger piedras para el ejercicio...

—Siempre tengo que ser yo quien haga las cosas más molestas.

—¿Estás buscando que te pegue una paliza, pequeño?

—¿A mí? ¿Tú a mí? —se encrespó el pequeño—. ¡Eso es algo que tendría que verse!

—Oye, oye, pequeñín, no vengas con fanfarronadas...

—¿Quién es el fanfarrón? —se encolerizó el más joven—. ¡Ya me gustaría ver si tú eres capaz de darme una paliza a mí!

Elmer lanzó un resoplido.

—Mira, Johnny, deja de fastidiarme y...

—Dale la paliza —dijo Casius Morrisey.

Los dos se volvieron hacia él, y se quedaron mirando aquel negro ojo acuoso, terrible.

—¿Le pego? —alzó las cejas Elmer.

—Eso he dicho —gruñó Casius—. Una buena paliza. Adelante.

Elmer se acercó al jovencito Johnny, y, sin más, le soltó un puñetazo en plena nariz que tiró de espaldas al muchacho. Los otros cuatro se acercaron inmediatamente, riendo.

—¡No te dejes pegar, Johnny!

—¡Duro con él, chico!

—¡Rómpele unos dientes a Elmer!

—¡Venga, hombre, que casi eres tan alto como él! ¡Dale una paliza, Johnny!

Éste, sentado en el suelo tras haber caído de espaldas, revolcándose, agitó la cabeza, y se llevó una mano a la nariz. La retiró manchada de sangre, que brotaba a raudales de su infantil apéndice. Era como un rojo río que descendiese hacia la boca, la barbilla, el cuello, el pecho...

Elmer le esperaba a pie firme, impávido, con los puños por delante. Y todos lanzaron un rugido de entusiasmo cuando Johnny se puso en pie furiosamente, limpiándose la sangre en los pantalones.

—¡Dale fuerte!

—¡Rómpele la cara!

—¡Animo, pequeño!

Johnny, enardecido por los gritos y la visión de su propia sangre, se lanzó contra Elmer, que, tranquilamente, se limitó a pararlo de un zurdazo al vientre y derribarlo de nuevo de un derechazo en la barbilla. Nuevo revolcón para Johnny, que cuando se puso de nuevo en pie ya no tenía las piernas tan firmes.

Pero volvió al ataque. Y esta vez, a pesar de recibir un golpe en el pecho, consiguió meter su puño derecho entre los de Elmer, que lanzó un grito cuando su labio superior fue aplastado contra los dientes, partiéndose, de

modo que su boca se llenó de sangre. Aún la estaba escupiendo, y gruñendo rabiosamente, cuando Johnny volvió a golpearlo, ahora en el vientre. El griterío, de los otros cuatro aumentó ante esta hazaña, y se convirtió en un rugido de entusiasmo cuando el pequeño Johnny colocó un magnífico directo en la nariz de Elmer, que saltó hacia atrás, dio un par de traspiés y tuvo no poco trabajo para conservar el equilibrio.

—¡Ya es tuyo, chiquitín!

—¡Síguelo, dale fuerte, que no descanse!

Johnny siguió adelante, esgrimiendo sus puños, pero, al parecer, Elmer se había irritado ya definitivamente. Lo recibió con un trompazo tremendo en un ojo, que volvió a tirar a Johnny de espaldas, y cuando el jovencito se hubo puesto de nuevo en pie, lleno de polvo y de sangre, lo golpeó en el hígado, luego en el vientre, y por último, de un cruzado, en la barbilla lo tiró sobre el amarillento césped.

Y el pequeño Johnny ya no se movió.

—Ida buscar un cubo de agua —dijo Casius Morrisey.

Él se fue al carromato. Cuando reapareció, llevaba puesto el negro parche sobre el ojo. Con lo cual, aún resultaba más siniestro. Los muchachos estaban abucheando a Elmer, que se lavaba la sangre del partido labio en el cubo de agua. Morrisey llegó allá, cogió el cubo de lona y lo vació sobre Johnny, que se agitó, se sentó de un salto, y miró sobresaltado a su alrededor, guiñando el ojo golpeado, que ya empezaba a hincharse.

—Levántate —gruñó Casius.

El muchacho obedeció, refunfuñando a cada movimiento. Tenía el cuerpo molido por los pocos pero precisos y duros golpes de Elmer, que a sus dieciocho años sabía muy bien dónde meter los puños.

—Ahora —siguió Casius— vas al arroyo, te lavas bien y te dedicas enseguida a recoger las piedras para los ejercicios de todos. Te lo has ganado, Johnny. Así aprenderás a no desafiar nunca a nadie que parezca tener todas las posibilidades de vencerte. ¿Lo has entendido?

—Sí, Casius.

—Pues ve a hacer tu trabajo. Y cuando quieras que tu trabajo lo haga otro, asegúrate de que, sea como sea, puedes ganarlo. Vosotros, ¿habéis mirado ya los revólveres?

Todos asintieron con la cabeza. Johnny fue al arroyo, se lavó bien, la sangre y el polvo, que habían formado rápidamente una sucia y fea costra, y luego se dedicó a recoger guijarros, que fue colocando en el suelo, formando una larga fila, a unos veinte pasos de donde estaban sus compañeros y Casius

Morrisey. Éste, junto con Elmer, estaba examinando un mapa, con expresión de disgusto.

—Parece que pronto cruzaremos el Pecos. Éste es un pequeño arroyo que desemboca en él. Pero luego quedarán todavía unas veinticinco millas hasta Juno.

—Quizá nos habría dado mejor resultado yendo un poco más hacia el Sur, siguiendo el camino, Casius.

—No. Por aquí el carro no va demasiado mal, y tiene de bueno que no hay gente, ni pueblos... Eso nos va bien para nuestras prácticas. De todos modos, las provisiones se están terminando, así que será mejor que nos dirijamos a Juno, para comprar más. Podríamos llegar hoy mismo, apretando el paso, pero no vale la pena. Lo haremos en dos jornadas, tranquilamente, descansando y aprendiendo. Y no quiero tener que deciros en Juno, como pasó en Dryden, que os quitéis el revólver antes de entrar en la población. Díselo a los demás. No lo repetiré.

—Está bien.

—Quiero que lo llevéis por lugares como éste, pero no cuando lleguemos a un pueblo, o ciudad... Bueno, esto ya está. Y veo que Johnny ha colocado ya las piedras. Quiero que te encargues especialmente de Jerry, que aproveches todas las oportunidades para espabilarlo... Ese chico parece que tiene agua en vez de sangre. Insiste con él.

—Lo haré, Casius.

Éste guardó el mapa, y los dos fueron adonde esperaban los otros muchachos.

—Solamente seis tiros... —dijo Morrisey—. También estamos terminando la munición, y no es cosa de andar por ahí sin ella. Mañana por la tarde compraremos todas cuantas cajas podamos. Tendré que trabajar algo allí, primero. Bien, empecemos. Tú el primero, Johnny. Y no olvides que el revólver... ¿Qué hay, Elmer?

Se volvió hacia el muchacho mayor del grupo, que señalaba hacia el Norte con una mano, dándole unos golpecitos con la otra. El único ojo de Morrisey debía estar en más que aceptables condiciones, ya que, sobre la loma, lejos de allí, distinguió perfectamente a los dos jinetes.

—Ellos también deben habernos visto —dijo Elmer.

—Desde luego —gruñó Morrisey—. No disparéis ahora. Veamos si se acercan o llevan otro camino.

Un par de minutos más tarde, todos silenciosos, estaban convencidos absolutamente de que los dos jinetes se dirigían hacia ellos. Su marcha no era

precisamente rápida, y el pequeño Johnny, pese a tener ya el ojo bastante hinchado, fue quien demostró tener mejor vista.

—Son un hombre y una mujer... —dijo—. Y me parece que el hombre viene herido. La mujer es muy rubia.

En efecto, se veían ya muy bien los largos cabellos de uno de los jinetes, que brillaban al sol todavía de tono anaranjado. El otro jinete iba muy inclinado sobre el cuello de su caballo, y su tamaño, la longitud de sus piernas, su gran torso, hacía imposible confundirlo con el otro, más menudo y delgado, vestido con ropas de hombre, pero...

—Yo diría que se han pasado la noche cabalgando —musitó Peter—. Deben estar huyendo de algo.

—Bueno... —sonrió el pequeño Johnny—. De un modo u otro parece que vamos a tener dos caballos más para montar. Y parecen buenos, resistentes.

—Id todos al carro... —murmuró Morrissey—. Menos tú, Elmer. Ya tienes edad para que nadie se asombre demasiado viéndote con un revólver. Los demás, meteros dentro y estad atentos.

—Sólo son un hombre herido y una mujer —protestó Mike.

—Eso parece... —dijo secamente Morrissey—. Pero si es verdad que vienen huyendo de algo, es mejor que nos enteremos bien de las cosas antes de tomar una decisión. Nunca hay que precipitarse, Mike.

—Está bien.

El tuerto fue con ellos hasta el carro y les pidió uno de los rifles que tenían escondidos dentro. Con el arma en la diestra regresó junto a Elmer, que tenía la mirada fija en los jinetes, ya muy cerca. Llegaron muy poco después. Morrissey y Elmer concedieron primordial atención al hombre, cuya mirada, tras dirigirse al lateral del carro y ver el anuncio en grandes letras, fue rápidamente hacia el tuerto. Estaba muy pálido, tenía los ojos turbios y toda su expresión desencajada. Y a pesar de todo esto, Morrissey captó perfectamente las líneas de dureza en aquel rostro, la expresión firme en aquellos ojos oscuros. Era un hombre joven, quizá de treinta años; fuerte, atlético, patilargo. Se notaba incluso en aquella postura inclinada, aferrado con ambas manos a las riendas y al cuello de su caballo. Tenía el costado derecho empapado en sangre.

—Buenos días —saludó con voz opaca.

—Bien venidos —sonrió horriblemente Morrissey.

—¿Es usted médico? —tembló la voz de la muchacha. Casius Morrissey la miró ahora con más atención. Era rubia, y bonita, y sus ojos azules se veían muy abiertos, con la expresión de quien lleva largo tiempo soportando un

considerable miedo. Sus largos cabellos flotaban suavemente a la brisa del amanecer, adquiriendo un tono rojo de sol. Vestía como un hombre, ciertamente, pero era demasiado hermosa para poder confundirla incluso a una buena distancia. No debía tener más de veinte años.

—No soy médico.

—¿Pero sabría extraer una bala? —se interesó el hombre.

—Es posible. Depende de dónde esté esa bala. Y depende también de otras muchas cosas. ¿Los vienen persiguiendo?

—Tengo una bala aquí, en el costado —musitó el hombre—. Le pagaré bien si puede quitármela.

—No es mi trabajo, realmente. Además, no me gustan los líos con la ley.

—¿La ley? —sonrió secamente el jinete—. Oh, no, está equivocado... Completamente equivocado. No es a nosotros a quienes molestaría la ley, sino a quienes nos persiguen.

—De todos modos, no me gustan los líos. Allá cada cual con sus problemas.

—Le daré cien dólares —casi gritó crispadamente la muchacha—. Mark es muy fuerte, doctor Morrisey...

—Ya le he dicho que no soy médico —gruñó Morrisey—. ¿Dice que me pagaría cien dólares?

—Eso he dicho. También he dicho que Mark es muy fuerte. Sólo tiene que sacarle la bala, y vendarlo bien... Usted tiene que saber cómo hacerlo. Por ese trabajo, y unas cuantas vendas, le pagaremos cien dólares, y no le molestaremos más. No mire hacia allá... —añadió rápidamente, cuando Morrisey miró hacia el Norte—. Quienes nos persiguen se quedaron sin caballos. Tardarán varias horas en alcanzarnos. Y para entonces, ya nos habremos separado ustedes y nosotros.

El horrible tuerto se quedó mirando fijamente al jinete unos segundos. Luego, a la muchacha.

—¿Puedo ver los cien dólares? —deslizó.

La preciosa rubita metió la mano en un bolsillo del pantalón y sacó un rollo de billetes que despertaron el más vivo interés en el único ojo de Morrisey. Ella separó cinco de veinte dólares, y se inclinó, tendiéndolos hacia el estremecedor personaje. Fue Elmer quién se adelantó a tomarlos. Los llevó a Morrisey, que los miró, encogió los hombros y se guardó los billetes en un bolsillo.

—Ayúdale a desmontar, Elmer. Lo atenderemos en el carro. Cien dólares es mucho más de lo que podría ganar en todo un mes en Juno, o en cualquier

otra parte.

Elmer fue hacia el jinete herido, pero la muchacha se adelantó rápidamente. Fue ella quien ayudó a descabalgarse al llamado Mark, que le pasó un brazo por los hombros, intentando sonreír.

—Tranquilízate, Diana... —musitó—. Todo saldrá bien. Esto no es nada para mí.

—Ya... ya lo sé, Mark. Ya lo sé, pero...

—No es nada... Nada. He recibido balazos peores que éste... Ayúdame a llegar al carromato.

Elmer se adelantó, dispuesto a ayudar también, pero una sola mirada de aquel hombre lo dejó clavado en el suelo. Mark era no menos de diez pulgadas más alto que Elmer, sus hombros parecían ser el doble de anchos que los del muchacho, y, por supuesto, también llevaba un revólver. Aún más bajo, más limpio, más brillante, y con más soltura que el jovencito. No costaba ningún esfuerzo comprender que en menos tiempo del que se necesita para parpadear aquel revólver podía estar en la mano de Mark. Y a buen seguro que hacía ya muchos años que había pasado el período de prácticas de tiro. Morrisey se había acercado ya al carromato, y ordenaba a los muchachos que salieran de él. Los cinco fueron saliendo, todavía con sus revólveres al cinto, ante la inicialmente atónita mirada de Mark y de la muchacha llamada Diana. Cuando Mark estuvo junto a los escalones supletorios de madera de la parte posterior del carromato, se volvió, y clavó su oscura mirada en el insólito grupo. Por fin, miró al tuerto.

—¿Son enanos..., o realmente son niños armados? —musitó.

—No es cuenta suya. Los cien dólares sólo me obligan a sacarle la bala —replicó secamente Morrisey.

—Cierto. Y se lo agradezco.

Era evidente que estaba haciendo los últimos esfuerzos desesperados para no desvanecerse. Miró todavía otra vez a los muchachos, con especial atención a los magullados rostros del pequeño Johnny y del ya grandullón Elmer. Por su expresión, pareció comprender muy bien lo que había ocurrido allí. Pero todo lo que hizo fue sonreír irónicamente. Luego, ayudado por la muchacha, subió al carromato.

Morrisey subió detrás, y bajó una de las literas. Colocaron allá al herido.

—Encienda esos dos quinqués —señaló el tuerto los que colgaban en ambas paredes laterales del carromato.

Diana reaccionó como sobresaltada. Habíase quedado mirando aquel horrible rostro triturado, casi sin fuerzas para respirar; a la luz del día era

horrible, pero allá dentro, en penumbra, resultaba mucho más estremecedor todavía. Buscó fósforos en un bolsillo de Mark y encendió los quinqués. Morrisey estaba ya preparando su instrumental de dentista, bien escaso por cierto. Pero, al parecer, consideraba que tendría suficiente con un bisturí y unas largas pinzas. Las colocó en un pote de hojalata, que luego casi llenó de alcohol, cubriendo ambas piezas.

—¿Puede desnudarse usted mismo, de cintura para arriba?

Mark asintió con la cabeza, e intentó incorporarse. Diana tuvo que ayudarlo, y también a quitarse las ropas. Por fin, el amplio torso velludo y asombrosamente musculado de Mark quedó al descubierto. Morrisey parecía asombrado de aquella perfección muscular, pero lo olvidó todo cuando vio la herida.

—Demonios... ¡Qué barbaridad! ¿Cómo ha podido cabalgar con una herida semejante?

—No es tan grave... —jadeó Mark—. Creo que la bala ha quedado entre dos costillas.

—Y probablemente habrá roto una, es claro —gruñó Morrisey—. Debo decirle que esto no va a ser fácil, amigo. ¿Quiere un poco de *whisky*?

—No.

—Se desmayará.

—Naturalmente. Lo sé. Pero no quiero *whisky*.

—También eso es cosa suya. ¿Cuánto hace que va cabalgando con la bala dentro?

—Tres o cuatro horas.

—¿Son las que lleva de ventaja a sus perseguidores?

—Así lo espero...

—Es usted un hombre de hierro, se lo aseguro. En sus condiciones, la lógica dice que no debía haber podido cabalgar ni siquiera una hora. Bueno... —estaba examinando atentamente la herida—. Efectivamente, la bala está entre dos costillas, que se han vuelto a juntar. Tendré que abrir un poco de paso con el bisturí, antes de meter las pinzas.

—Adelante.

Casius Morrisey, a su manera, estaba sencilla y francamente atónito de admiración. Miró a la muchacha, que apretaba con sus manitas una de las del herido. Ella estaba mucho más angustiada y asustada que él, desde luego.

—Pues adelante —musitó el tuerto.

Sacó el bisturí del pote con alcohol, lo dejó escurrir unos segundos, y luego, sin más contemplaciones, comenzó a abrir un camino más holgado

para las pinzas. El llamado Mark se crispó, apretó las mandíbulas, estiró el cuello... Eso fue todo. Ni siquiera emitió un solo gemido antes de desmayarse.

CAPÍTULO II

Estaba en algún lugar en penumbra, pero delante veía un amplio rayo de sol. Y también a los lados parecía haber sol. Eso fue lo primero que supo. Luego, notó el suave traqueteo, los movimientos de su cuerpo. Alzó los ojos y vio encima de él, a la izquierda, una pequeña ventana cubierta con una cortina de arpillera. Miró a la derecha y vio otra ventana idéntica, con la misma clase de cortina...

Algo fresco, suave, muy agradable, se posó en su frente.

—Mark...

El herido cerró los ojos, y suspiró profundamente. Movi6 una de sus manos, que asió la muñeca de aquella otra, tan pequeña, fina y fresca que parecía aligerar su frente, su cabeza toda, de aquella sensación ardiente.

—Diana... ¿D6nde estamos?

—En el carromato de ese hombre horrible.

—SÍ... Ya recuerdo... Pero tenía que habernos dejado después de sacarme la bala...

—Él dijo que iba hacia Juno, y se ofreció a llevarnos. Iremos más seguros con él, Mark. No tendrás que cabalgar, y lo mismo nos da ir a un sitio que a otro. El señor Morrissey es... horrible, sí, pero una persona muy amable. Te hará otra cura cuando nos detengamos.

—¿Esperas algo bueno de la gente amable, Diana?

—No sé... Pero me dio miedo quedarme allá sola, estando tú sin sentido. ¿Cómo... cómo te sientes...?

—Bien... Creo que bien. ¿Cuánto rato llevamos viajando así?

—Es casi mediodía.

—¿Tanto rato ha pasado? Acababa de amanecer cuando encontramos a esa gente... Ayúdame a levantarme...

—No —ella le puso las manos en los hombros—. Es mejor que te estés quieto aquí, Mark. Ya veremos si puedes caminar cuando nos detengamos.

—Quiero levantarme aho...

Los labios de Diana se posaron sobre los del herido, tiernamente. Eran tan frescos, tan suaves..., Mark cerró los ojos y se dejó vencer por aquella dulzura que conocía desde hacía tan poco tiempo. No había sido muy listo, no... Debió hacer aquello en mejores condiciones, aprovechando una oportunidad buena. Ella había tenido razón, pero, él no había querido escucharla hasta entonces, hasta que todo llegó a su límite. Lo que la gente llamaba amor le había parecido siempre no sólo una cosa secundaria, sino una solemne tontería. Una enorme tontería. Por eso era un estúpido: porque debió descubrir mucho antes lo que Diana sentía por él, y lo que él sentía por ella. Pero en su clase de vida estas cosas no tienen gran valor. ¡Tantas semanas cabalgando junto a Diana antes de comprender la verdad! No sólo la verdad respecto a sí mismo, sino aquella solicitud continua de ella, sus miradas brillantes, el hecho de que siempre fuese tras él, sin dejar de mirarlo nunca...

Cuando ella apartó al fin sus labios, Mark sonrió acremente.

—No soy precisamente un tipo listo, ¿verdad? —musitó.

—¿Por qué dices eso?

—Siempre pensé que eras una pobre tonta. Sí... Me parecías una tonta completa, con tus ojos siempre tan abiertos, siempre mirándome. También me parece que soy un puerco, Diana.

—¿Un puerco tú...? ¿Por qué?

—Bueno... Todos los de nuestro grupo somos unos puercos. Pero yo me refiero a lo que pensaba cuando te miraba a ti. Supongo que pensaba exactamente lo mismo que los demás. Igual que Kaye, Wynn, Donovan, Spike, Sonora... Sobre todo, Sonora. Sé muy bien lo que él pensaba cuando te miraba, y al principio yo pensaba lo mismo. Eres muy bonita, Diana..., y nosotros te mirábamos con ojos de puerco. De no haber estado allí tu padre y tu hermano...

—Mark... No quiero que hables de eso ahora... Sé lo que pensabas, cuando me mirabas... Me asqueaban aquellas miradas en los demás, pero... me gustaba la tuya.

—Era igual que la de ellos: mirada de puerco.

—Ya no me importa. Ni me importó nunca... Si me hubiese molestado nunca te habría besado la otra noche, cuando te seguí al arroyo...

Diana lo volvió a besar en los labios, de modo que Mark no pudo exponer una vez más la opinión que tenía de sí mismo. Prefirió colocar una mano en la nuca de ella, de modo que pudo apretar más la boca de la muchacha contra la suya. Era una presión que desde aquella noche cercana, junto a un arroyo, había dejado estupefacto y maravillado a Mark. Ciertamente, había besado a

las suficientes chicas para que la cosa debiera haberle resultado normal, vulgar y corriente, ya conocida. Y no había sido así. Diana había ido tras él al arroyo, y le ayudó en silencio a limpiar todos los cacharros que había utilizado el grupo para la cena. Era al único que ayudaba cuando le tocaba el turno, desde luego. Cuando todo estuvo limpio, le ayudó también a colgar los cacharros de la cuerda previamente tendida entre dos árboles. Y después, cuando él la estaba mirando, recreándose en sucios pensamientos, y adelantó una mano para efectuar una caricia brutal, Diana se había metido entre sus brazos, se había abrazado a él, y le había besado en los labios... Ella a él.

Tenía que haber sido un beso más para Mark, pero no. No. Fue algo completamente diferente. Los labios de Diana no eran duros, rígidos, resecos, esquivos. Eran todo lo contrario: tiernos, suaves, húmedos, generosos...

Un verdadero impacto de algo absolutamente desconocido hasta entonces por Mark Stoklin.

Y no había sido casualidad, no, porque las veces que siguieron notó lo mismo. Con la sorpresa de que cada vez se abría un mayor abismo entre los anteriores labios que él había besado, y aquellos que había conocido junto a un arroyo, aquellos que le estaban besando ahora tan dulcemente...

—No tienes nada de mí que yo no quiera darte, Mark... —susurró ella después del beso—. Por lo tanto, no eres un cerdo, como ibas a decir.

Mark no contestó. Se quedó mirando hacia aquella zona más llena de sol, delante de él; Era la entrada al carromato por el pescante, claro. Había dos trozos de lona que ocultaban parcialmente el sol, y no permitían ver a quien fuese en el pescante.

—¿Y nuestros caballos? —preguntó de pronto.

—Dos de esos muchachos van montados en ellos. Me lo pidieron, y no vi razón alguna para negarme. El otro no tiene caballo, va con Morrisey en el pescante.

—¿Qué clase de gente es ésta, Diana?

—No sé... ¿A qué te refieres?

—¿Has visto bien a esos muchachos? Todos llevan revólver. El que nos recibió tiene edad para ello, desde luego... Pero los otros... Hay uno que no debe tener más de trece o catorce años. Y los demás no son mucho mayores. ¿O tú crees que sí?

—No. Son casi niños aún, me parece.

—¿Y ese Morrisey? ¿Es su padre, o su abuelo...?

—No sé. Ni creo que nos importe, Mark. Lo único que nos importa es salir con bien de esto. Cuando llegemos a Juno, todo habrá terminado.

—Sí... Todo habrá terminado —Mark sonrió sombríamente—. ¿Te has preguntado lo que será de nosotros, Diana?

—No quiero preguntarme nada.

—Es una locura lo que pensamos hacer. Bastaría con marcharme lejos del grupo, a otro estado. O a México... Podemos devolver el dinero, si tú quieres, pero no hay necesidad de...

—Habla de eso luego. Aunque creí... que todo lo habíamos hablado ya, después de la muerte de mi hermano. Era tan bueno... ¡Tan bueno, Mark...!

—Creo que, en efecto, será mejor que hablemos luego... No quisiera verte llorar más, Diana. Ni que te viese esta gente... ¿Les has contado algo...?

—No... ¡Claro que no!

—Mejor. Nuestros asuntos no le interesan a ese tipo repugnante. Ni a sus... cachorros. Parecen...

El carromato dio unos cuantos bandazos más fuertes, y Diana tuvo que sujetar a Mark en la litera. Enseguida, el carro se detuvo, y las cortinas de lona que ocultaba el pescante se apartaron. Apareció la cabeza de Morrisey, recortada contra la luz solar, invisibles las facciones.

—Vamos a detenernos aquí dos o tres horas. El sol parece enviar demonios... ¿Quiere intentar bajar del carro?

—Me gustaría intentarlo. Y creo que podré.

—No me sorprendería lo más mínimo en usted. Le ayudarán mis chicos.

La lona volvió a caer, y oyeron la voz del tuerto dando órdenes. La puerta de la parte de atrás se abrió, y dos de los jóvenes armados subieron al carromato. Ayudaron a Diana a bajar a Mark, que, en efecto, tuvo fuerzas suficientes. Apenas había puesto los pies en el suelo, bajo la sombra de unos enormes chopos, el tuerto apareció junto a él.

—Si la bala, en lugar de darle de lado, hubiera entrado de frente, seguramente estaría muerto —dijo sin más preámbulos—. Pero tal como fueron las cosas, y con esa fortaleza de bisonte que tiene usted, no me sorprendería que estuviera en condiciones de cabalgar.

—¿Nos está... sugiriendo que abandonemos su compañía?

—Pues... no. Por el contrario, ya le dije a la señorita...

—Ya sé. Y se lo agradezco. Gracias por todo, señor Morrisey.

El tuerto encogió los hombros.

—Cien dólares es una buena muestra de gratitud. No se esfuerce más.

—Como quiera. Yo también soy áspero, cuando es necesario. ¿Cuándo calcula que llegaremos a Juno?

—Mañana a media tarde.

—Demasiado tiempo.

—Nosotros no tenemos prisa... ¿Ustedes sí?

—La tenemos. Y por tanto, seguiremos viaje por nuestra cuenta, a caballo.

—¿Piensan marcharse en sus caballos?

—Naturalmente... —entornó los ojos Mark—. ¿Le sorprende?

—Pues no... Pero es una lástima. Los chicos se han encariñado con ellos.

—¿Con nuestros caballos? —musitó Diana.

—Así es. Bueno, creo que podemos esperar un poco antes de almorzar algo, ¿no creen? No es bueno comer estando acalorado. ¿Les gustaría que mis chicos les hicieran una pequeña demostración?

—¿De qué?

—De... habilidad. Quedó pendiente esta madrugada, cuando aparecieron ustedes. Podemos hacer ahora los ejercicios. Luego nos refrescaremos un poco en ese arroyo y comeremos algo. ¿Es usted un buen tirador, señor...?

—Mark Stoklin. Ella es Diana Prayton.

—Ya conocen mi nombre... —sonrió Morrisey, señalando un lado del carromato—. Ellos son Elmer, Roy, Jerry, Mike, Peter y Johnny... Johnny es el más joven, pero promete mucho. Tiene agallas. Todos tienen agallas en realidad. ¿Quieren ver las prácticas?

Mark Stoklin dejó de mirar a los muchachos, que se habían colocado ante ellos, mirándolos con un destello irónico impropio en muchachos de aquella edad. No le gustaban. Parecían buenos chicos, pero había algo en su expresión que le molestaba, le inquietaba. Una expresión de saber demasiado, demasiadas cosas, que parecían considerar con desprecio.

—¿Por qué no? —susurró Mark—. Espero que será interesante.

—Lo será. Aún no me ha dicho si es usted un buen tirador, Stoklin.

—Lo soy.

—Entonces, le gustará lo que va a ver. Johnny, ve a buscar esas piedras. Ayúdale, Jerry.

Los dos muchachos mencionados se apartaron de la fila, y fueron en busca de las piedras. Poco después, las colocaban en el suelo, a veinte pasos. Eran del tamaño de nueces, pero todos los que estaban allí tenían muy buena vista.

Morrisey señaló la fila de piedrecitas.

—¿Acertaría usted alguna disparando desde aquí, Stoklin?

—Es posible... —sonrió secamente Mark, un tanto divertido—. ¿Qué es esto, Morrisey? ¿Un concurso de tiro?

—Incluso con apuestas, si quiere.

—No me gusta perder el tiempo en tonterías, Morrisey. Olvidemos este asunto.

—¿Tonterías? Le apuesto cincuenta dólares a que mis chicos hacen con su revólver lo que sea capaz de hacer usted.

—No me interesan sus cincuenta dólares.

—A mí sí me interesan los suyos —sonrió Morrisey, con una mueca que estremeció a Diana—. Pero si no quiere apostar, no está obligado. De todos modos, nos gustaría ver qué tal tira usted, Stoklin. Mis chicos tienen la impresión de que debe hacerlo muy bien. No hay más que verle a usted para comprenderlo. Pero a veces, las apariencias engañan.

Mark Stoklin estuvo unos segundos mirando el único ojo de Casius Morrisey. Luego, miró a los muchachos, y, finalmente, a sus caballos. Estaba comprendiendo muy bien la actitud de aquel grupo extraño compuesto por un monstruo y seis cachorros. Y si lo que querían era saber qué clase de enemigo podía ser Mark Stoklin, lo mejor era dejarlo bien claro en aquel mismo momento. Que no se llamasen a engaño aquellos cachorrillos.

Se volvió hacia las piedras y, de pronto, tiró del revólver. Fue un movimiento de relámpago, increíble. El gatillo comenzó a funcionar inmediatamente, accionando el percutor. Y a cada bala disparada, a intervalos menores a un segundo, una de aquellas piedras saltaba en pedazos, en diminutas esquirlas. No hubo un solo fallo. Cuando el revólver de Mark Stoklin dejó de disparar, seis piedras habían sido reventadas de otros tantos disparos. Todos quedaron silenciosos, envueltos en jirones de humo de pólvora que ascendía rápidamente hacia el diáfano azul del cielo.

Stoklin abrió su revólver y se dedicó a recargarlo, sin hacer el menor comentario, sin mirar a nadie. Sólo alzó la cabeza cuando el mayor de los cachorros se colocó en actitud de disparar contra las piedras, a una señal de Morrisey. Se quedó tenso, esperando, fijos los ojos en el lugar donde estaban las piedras todavía intactas. Morrisey chascó los dedos, y el muchacho movió la mano derecha, efectuando un «saque» impecable, veloz, habilísimo. No como el de Mark Stoklin, pero sí lo bastante bueno para que éste frunciera el ceño. Y aún lo frunció más cuando, tras los seis disparos de Elmer, faltaban otras seis piedras en la fila dispuesta a veinte pasos.

—¿Qué opina de eso? —rió Morrisey.

—Está bien... Pero no es impresionante, ni mucho menos. A la edad de su cachorro, yo disparaba mejor.

—¿De veras? Pues eso sí que es impresionante. Pero hablaremos del asunto al final del ejercicio. Seguid disparando. Por turnos, como siempre.

Sólo una carga.

Los demás fueron disparando, uno tras otro. La auténtica sorpresa la deparó el más joven de los muchachos. Johnny, que no dejó de acertar ni una sola vez. El único que falló un par de disparos fue Jerry, que quedó sumido en hoscos pensamientos, sombrío el gesto. Por lo demás, tanto en el «saque» como en los disparos, los seis habían demostrado una habilidad que habría sorprendido a cualquiera. Incluso a Mark Stoklin, que tenía el ceño fruncido.

—Jerry —masculló Morrisey—, vas a disparar tres cargas más. Mike estará contigo. Y te aconsejo que afines, la puntería. Ya sabes lo que te pasará si fallas más de dos tiros por carga. ¡Tienes que acertar todos los blancos, como los demás!

—Lo intentaré, Casius —murmuró el muchacho.

—¡Pues alejaos de aquí y sigue con las prácticas! Mike, ya me dirás si falla más de dos tiros por carga.

—Sí, Casius.

Éste se volvió hacia Mark.

—En cuanto a usted, la apuesta sigue en pie, Stoklin. Cincuenta dólares si hace lo mismo que haga Elmer.

—Ya me está usted fastidiando, Morrisey, con sus apuestas... ¿Por qué cincuenta dólares? ¿Por qué no cien?

—¡Bien! —exclamó el tuerto—. ¡Serán cien dólares! Adelante, Elmer... Veamos si haces ganar cien dólares.

—Dalo por hecho, Casius... —sonrió Elmer—. Hey, Johnny, ¿quieres tirar tú la piedra?

El jovencito del grupo asintió. Esto le entusiasmaba completamente, estaba bien claro. Se colocó a diez o doce pasos de Elmer, lo miró, y cuando éste asintió con la cabeza, tras acabar de recargar el revólver y enfundarlo, tiró la piedra al aire. Stoklin estuvo mirando al muchacho atentamente. Vio su mano tensa, la mirada aguda... Lo vio moverse velozmente, sacar el revólver, disparar... Cuando Stoklin miró hacia donde había estado la piedra en el aire, aún pudo ver aquella nubecilla recién estallada de polvo y esquirlas.

Elmer se volvió hacia él, y lo miró con burlona expresión, casi malignamente. El muchacho se estaba divirtiendo de verdad. Stoklin no dijo nada. Recogió tres piedrecitas, las sopesó, y se colocó en el sitio del tirador de turno. Con rápidos movimientos de su mano izquierda lanzó tres piedrecitas, una tras otra, tan velozmente que aún no había llegado la primera al punto más alto de su trayectoria cuando ya había salido la tercera de la mano izquierda de Stoklin, empezando el mismo recorrido.

La mano derecha del herido actuó entonces, cuando la primera piedrecita comenzaba a caer. No llegó al suelo. Ni tampoco la segunda, ni la tercera... Con toda precisión, con asombroso orden, como si en vez de nervios humanos tuviera mecanismos, Mark Stoklin fue disparando, sin precipitación, pero sí con la rapidez adecuada. Y a cada disparo, una de las piedras estallaba en el aire.

La demostración no duró, seguramente, ni tres segundos. De nuevo recargó su arma Stoklin. Y por fin fue él quien miró a Elmer, con expresión mordaz, y un tanto socarrón el gesto.

—Adelante, Elmer. Hay cien dólares en el aire... ¿O no?

Elmer estuvo mirándolo unos segundos, rabiosamente. De pronto, dio la vuelta y se alejó de allí. Mark miró entonces a Casius Morrisey, cuya expresión tampoco era precisamente agradable.

—Tira usted aún mejor de lo que habíamos pensado, Stoklin —murmuró.

—Sus pensamientos son cuenta de ustedes, es claro. Espero que no va a negarse a pagar la apuesta.

—No —Morrisey volvió a sonreír de aquel modo estremecedor—. Desde luego que no. Yo siempre pago mis apuestas.

Sacó los mismos cien dólares que Diana le había entregado aquella mañana, y los entregó a Mark, que se los guardó con indiferencia. Iba a hacer un comentario cuándo comenzaron a oír los disparos de Jerry, bajo la supervisión de Mike. Poco después, los dos llegaban ante Morrisey, cuando ya Mark y Diana se habían sentado a la sombra.

—Ha fallado siete en total, Casius —gruñó Mike, disgustado.

El tuerto miró con hostilidad a Jerry.

—Bueno... Ya sabes que hoy tampoco vas a almorzar, Jerry. Y después que todos lo hayamos hecho te encargarás de la limpieza de los cacharros.

—Sí, Casius.

—Tienes una semana por delante nada más, Jerry. Si tu pulso no mejora dentro de siete días, la cuestión se resolverá a latigazos.

—Mejorará.

—Está bien... Preparad algo para comer. Y contad con nuestros invitados.

Quince minutos más tarde, todos comían, a la sombra de los altos chopos. Todos, excepto Jerry, que se alejó, mohíno, y se dedicó a liar y fumar cigarrillo tras cigarrillo.

—Tiene dieciséis años... —comentó Morrisey, rebosando la comida masticada por un lado de la boca—. Edad suficiente para disparar bien ¿no cree, Stoklin?

—Es posible. Pero podía... «castigarlo» sin fumar, en lugar de dejarlo sin comer.

—Fumar no es necesario, y comer sí. Es una tontería privar a alguien de una cosa que no necesita realmente. Eso no es castigo.

Mark encogió los hombros. Y continuó comiendo. Diana estaba siempre junto a él, como considerando que la situación requería el continuo apoyo de Stoklin, su proximidad continua. Había optado ya por mirar lo menos posible a Morrissey, cuya horripilante personalidad física parecía estar de acuerdo con su modo de pensar.

Después de comer, decidieron dormir una hora a la sombra. Mark Stoklin se sentó junto a un árbol, apoyando la espalda en el tronco, y se bajó el sombrero hacia la frente. Eso fue todo. Diana se tendió a su lado, y quedó dormida casi al instante. También Stoklin parecía dormido apaciblemente, pero ni Morrissey ni ninguno de sus cachorros habría podido jurarlo. En cuanto a su herida en el costado, lógicamente debía dolerle, o, por lo menos, estorbarle; sin embargo, en ningún momento dio Stoklin el menor motivo para pensar en ello. Se movía y actuaba exactamente igual que si estuviera en inmejorables condiciones físicas.

Poco después de las cuatro de la tarde, el grupo se puso en movimiento. El primero fue Morrissey, quien, apenas salir del carromato, vio fijos en él los ojos de Mark Stoklin. Los muchachos recogieron rápidamente todas las cosas. Cuando terminaron fueron a decírselo a Morrissey, que estaba charlando con Mark.

—Podemos seguir, Casius.

—Bien.

—¿Vamos a ir a caballo?

—Es lo que estaba hablando con Stoklin. Le decía que sólo Johnny está ahora sin caballo, y que a vosotros os gusta cabalgar. Los caballos buenos no son tan baratos como nos convendría para que los seis pudierais tener cabalgadura propia. Pero al menos, cuando hay posibilidad de montar, se aprovecha.

—Es lo que estamos haciendo —sonrió Peter.

—Sí... Sólo hay una contrariedad. El señor Stoklin ha decidido continuar el viaje a Juno por su cuenta, o sea, que se llevarán sus caballos, claro. Estaba intentando convencerlo para que continuara con nosotros, pero no encuentro el modo. ¿Se os ocurre alguno a vosotros?

Los cachorros cambiaron una mirada. Por fin, Elmer, se adelantó, con expresión maliciosa, como quien está dispuesto a tomarse una muy

satisfactoria revancha.

—El único modo que se nos ocurre es decirle al señor Stoklin que nos gusta su compañía. No va a desairarnos marchándose, ¿verdad, señor Stoklin?

Mark ladeó la cabeza, y entornó los ojos. Notaba en su brazo izquierdo la presión de los dedos de Diana. Sabía que la muchacha estaba asustada viendo a aquello seis muchachos armados de revólver formando un semicírculo ante ellos.

—Bueno... —murmuró por fin Stoklin—. En realidad, no tenemos ninguna prisa, y puesto que seguimos el mismo camino, iremos con ustedes.

—Ah... —pareció decepcionarse Elmer—. ¡Es usted muy amable, señor Stoklin! ¡Vaya, Casius, nunca nos habías dicho que con amabilidad también pueden conseguirse las cosas!

Casius Morrissey rompió a reír, con sonidos chirriantes. Estaba en verdad divertido.

—No todas las personas son tan sensatas como el señor Stoklin, Elmer... —aseguró—. Es tan sensato que estoy convencido de que si le pidiese prestado..., ¡qué sé yo...!, unos quinientos dólares, no vacilaría en dejármelos. ¿Es así, Stoklin?

—Sí —sonrió secamente Mark—. Soy muy sensato. Y generoso... Dales quinientos dólares, Diana. Es un préstamo. ¿No, Morrissey?

—¡Claro! —rió éste—. ¡Es un préstamo!

Súbitamente pálida, porque también estaba comprendiendo la definitiva verdad de la situación, Diana sacó el dinero que le quedaba, y lo entregó a Morrissey, que se lo guardó sin molestarse en contarlo. ¿Qué más daban quinientos dólares más o menos?

—Bueno —exclamó alegremente el tuerto—, creo que podemos seguir el viaje, muchachos. Los invitados irán en la carreta.

Ahora fue Mark quien tomó del brazo a Diana, y la llevó hacia la carreta. Poco después, ésta se ponía en marcha. Y dentro, sentados ambos en una de las literas, el pistolero y la muchacha rumiaban en silencio su nueva situación.

—Mark —musitó ella, de pronto—: ¿qué vamos a hacer?

—No lo sé.

—Esos muchachos quieren robármelo todo: el dinero, los caballos...

—Eso parece.

—Son... extraños. Me dan miedo, Mark.

—Sí... Son una camada muy curiosa. ¿Te has fijado? Elmer debe tener unos dieciocho años. Los demás, catorce, quince o dieciséis. Y el pequeño

Johnny no creo que tenga más de trece. Sin embargo, disparan magníficamente: Me pregunto qué se propone Morrisey con esos chicos.

—¿Qué haremos? —insistió ella.

—De veras qué no lo sé. Podría pelear con ellos, es claro, pero no me haría ninguna gracia matar a unos niños. Aparte, sería imposible matarlos a los seis. Y no pienso en mí al decir esto, sino en ti. Si hay disparos, las balas irán a todas partes.

—¿Vamos a aceptar la situación, entonces?

—Por el momento, Morrisey debe estar tramando algo... Desde luego, no está pensando, ni mucho menos, en llevarnos a Juno. Sería un idiota si lo hiciese, pues podríamos reclamarle allí el dinero y los caballos. No... No lo haré...

—¿Qué crees que está pensando?

—No lo sé. Ya veremos.

Se quedó silencioso. Sí lo sabía. O, al menos, lo adivinaba. Casius Morrisey esperaría a la noche, cuando acampasen. Posiblemente, entonces los matarían, los enterrarían a los dos y al amanecer siguiente continuarían su marcha. Eso sería todo.

No era un porvenir agradable.

En realidad, ni siquiera era porvenir.

CAPÍTULO III

—Llevaban quizá un par de horas de marcha cuando la carreta se detuvo. Las lonas de delante se apartaron, y la cabeza de Morrisey apareció en el hueco.

—Venga, Stoklin. Parece que tenemos escolta.

Mark salió al pescante, y miró hacia donde señalaba Casius, a su izquierda, hacia lo alto de una colina cubierta de hierba amarillenta, que brillaba al sol. Los tres jinetes eran tan visibles como el propio cielo. Sin necesidad de que Morrisey le diera más indicaciones, Stoklin miró enseguida hacia la derecha. Y allá, en otra colina similar, cabalgando lentamente por entre escuálidos álamos, vio a los otros tres jinetes.

Casius Morrisey captó la sonrisa del pistolero, y frunció el ceño:

—¿Los conoces? —gruñó.

—Sí.

—¿Quiénes son?

—Viejos amigos..., que ahora son enemigos. Querrán que Diana y yo vayamos con ellos. Saben muy bien que estamos aquí. Conocen nuestros caballos: sobre todo, el pinto de Diana.

—¿Qué es lo que quieren de ustedes?

—Eso es cuenta nuestra, no de usted.

—Quizá... ¿Creen que nos atacarán?

—Es posible. De un modo u otro, Morrisey, sería mejor para usted y sus cachorros que nos dejasen aquí, con nuestros caballos. Mucho me temo que es el único modo que tiene de evitar que les molesten.

—¿Molestarnos? ¿A mí y a mis chicos? Bueno, que vengan.

—¿Está loco? —masculló Mark—. Conozco muy bien a esos seis hombres, y le aseguro que su camada no duraría ni unos minutos si ellos decidieran atacar. Vamos, vamos, Morrisey, baje de las nubes. Esos tipos son mucho más peligrosos que sus chicos..., ¿no puede entenderlo? Le repito que es mejor que nos deje aquí a Diana y a mí. No se complique la vida.

—¿Qué es lo que quieren ellos, exactamente? ¿El dinero?

—Más o menos —sonrió Stoklin.

—Y también vengarse de usted, supongo. Creo haber comprendido el asunto.

—¿De veras?

—Usted y la chica iban con ellos, y se escaparon, llevándose los caballos. Les dispararon, y usted recibió una bala. No pudieron ocuparse ya de todos los caballos, de modo que los soltaron, y siguieron galopando. Luego, esos hombres encontraron los caballos, los recuperaron y han conseguido alcanzarnos.

—Ya le dije que esta marcha era muy lenta.

—¿He acertado?

—Desde luego. Eso lo vería un ciego... —sonrió fríamente—. Y mucho mejor un tuerto.

El rostro de Casius Morrisey quedó blanco como la leche.

—Cuidado con sus palabras, Stoklin... —tembló su voz, rebosante de ira—. ¡Mucho cuidado!

—Fue sólo un comentario —se disculpó con indiferencia Mark—. Bien, ¿qué decide? ¿Nos deja o seguimos juntos?

—Lo pensaré... Quedan sólo diez millas hasta Juno, de modo que podemos recorrerlas mañana tranquilamente. Acamparemos aquí mismo.

Todavía llevó el carro unas treinta o cuarenta yardas más allá. Lo detuvo junto a un grupo de rocas que parecían salpicar la vaguada, y comenzó a dar órdenes. Muy pocas, pues todos sabían lo que tenían que hacer.

—Usted y su novia, o lo que sea, pueden quedarse dentro del carromato, si quieren.

—Es inútil —negó Mark—. Saben que estamos aquí.

Y no creo que tarden mucho en atacar si seguimos junto a ustedes.

—Pues que ataquen —sonrió Morrisey, casi alegremente—. Alguna vez tenía que ser la primera.

—No comprendo.

—Me refiero a mis chicos. Ellos saben mucho de armas, saben pelear a puñetazos, tirar cuchillos, manejar un rifle... Bien pensado, creo que ha llegado el momento de que demuestren si de verdad tienen agallas, En teoría, están casi preparados para cualquier cosa, incluso para matar. Ahora tendrán que demostrármelo. Se trata de mi éxito o de mi fracaso, Stoklin.

—¿Está loco? —repitió Mark, sobresaltado—. ¿De veras piensa enfrentarse en una pelea con sangre a seis cachorros con seis fieras adultas? ¡Los van a despedazar, Morrisey! Y son sólo unos niños...

—Usted tendrá dificultades si ellos le oyen decir eso, Stoklin, se lo advierto. Tenga quieta su lengua. No dice más que inconveniencias.

—Usted está loco —no preguntó, sino que afirmó ahora Mark—. ¡No quedará ni uno solo de estos mocosos si esos hombres atacan!

—¿A quiénes está llamando mocosos? —refunfuñó pronto Johnny, sentado junto a Morrisey.

Mark miró al chico como si hasta entonces hubiera sido invisible.

—Cierra la boca, niño —gruñó—. En cuanto a usted, Mo...

Johnny se abalanzó contra Stoklin, rojo de furia.

Y antes de que el pistolero pudiera reaccionar, le conectó un tremendo derecho en un pómulo que crujió al mismo tiempo que los nudillos del muchacho. Fue, ciertamente, un golpe de suerte, pero no por ello indoloro. La carne de Stoklin se abrió, machacada contra el hueso. Pero casi al mismo tiempo, el pistolero lanzó un fortísimo revés, amplio, largo, alcanzando al chico en una mejilla, lo tiró fuera del carromato, manoteando. Johnny cayó de costado, rodó un par de veces, y se puso en pie. Su infantil rostro estaba desencajado por la ira, y decidió desahogarla del peor modo posible: llevó la mano a su revólver.

Consiguió sacarlo, en efecto; y con notable rapidez. Pero apenas había salido de la funda, todavía lo tenía en la forzada posición vertical, cuando Mark Stoklin disparaba, en posición forzada, teniendo que girar mucho la muñeca hacia su derecha. La bala dio en el cilindro del revólver de Johnny, y lo arrancó duramente de su mano, enviándolo lejos, girando en el aire.

Y al mismo tiempo, con la izquierda, Mark apartó el rifle que estaba empuñando Morrisey, y lo asió por el cuello de la chaqueta de un manotazo feroz. Le metió la punta de su revólver en la garganta.

—¿Qué les pasa a ustedes? —jadeó el pistolero, lívido—. No quiero matar a ningún niño, Morrisey. Dígales que se estén quietos, o le hago otro agujero debajo de la boca... ¡Dígales eso!

No menos lívido estaba Morrisey, qué alzó una mano. Gesto muy fácil de interpretar, ya que las últimas palabras de Stoklin habían sido oídas claramente por los muchachos, que se detuvieron, formando un estrecho cerco ante la carreta.

—Es mejor, de todos modos, que guarde su revólver —musitó roncamente el tuerto.

—Está bien... No quiero que Diana sufra ningún daño Morrisey. Ni esos niños. Escuche lo que voy a decirle porque es lo más conveniente para todos. Dejen los caballos nuestros amarrados a una de esas matas, y sigan si camino.

Cuando ellos —señaló a las colinas— les alcancen, díganles que yo les obligué a llevarme hasta aquí pues estoy herido y no puedo cabalgar. Eso es todo. ¿De acuerdo?

—Nosotros vamos a quedarnos aquí. Quiero saber si mis chicos son capaces de disparar de verdad o sólo saben hacerlo contra piedras, conejos y cuervos. Ha llegado el momento de saberlo, Stoklin.

—¿Qué clase de bestia es usted? ¿Qué se propone con esos muchachos?

—Eso es cuenta mía.

—¿Sí? Muy bien... ¡De acuerdo! Ahora, dícales que quiero nuestros caballos, que se estén quietos.

—No. Si quiere su caballo, Stoklin, vaya a quitárselo a Roy.

—¡Se está agotando mi paciencia, Morrisey! Escuche, yo no he hecho... lo que he hecho para dejarme cazar ahora por esos hombres. Ni mucho menos, para matar, niños. Si hiciera semejante cosa, no me lo perdonaría jamás. Mire... Todavía estoy a tiempo... Tengo que llegar a Juno, quiero una oportunidad para mí y para Diana, Morrisey... ¡Sé que puedo conseguirla allí, si hacemos lo que hemos pensado! Y no voy a permitir que ni usted ni nadie nos arruine mis deseos... ¡Merezco esa oportunidad, por mí mismo, por Diana...! ¿Lo entiende?

—Sólo voy a decirle que haga lo que quiera o pueda, Stoklin.

—¿No va a ordenar que nos devuelvan los caballos?

—No.

—¿Insiste en poner a prueba de muerte a sus cachorros?

—Exactamente.

—Muy bien —Mark enfundó con rabioso gesto el revólver—. No diga luego que no le advertí. Usted no sabe lo que se le viene encima... Lo siento por los muchachos.

Regresó al interior del carromato. Diana había estado apoyada en el pescante, y casi la derribó al entrar. La sujetó por los brazos, y quedaron mirándose, todavía pálidos, desencajados los rostros.

—Mark... ¡Los van a matar! —gimió ella—. ¡Mi padre y los demás van a matar a esos muchachos!

—Así será.

—Tenemos que hacer algo...

—No podemos hacer nada. Diana. Ésa bestia tuerta lo ha decidido así. Está loco completamente. Yo no puedo hacer nada... Si quiero hacerlo, sería a base de matar yo a alguno de esos chicos. Y como no quiero hacer eso, tenemos que aceptar lo que decida Morrisey. Si queremos marcharnos,

tendríamos que matarlos. Y si nos quedamos, tu padre va a atacar contra todos, sin importarle quien caiga.

—Dios mío...

Diana se abrazó a Stoklin y rompió a llorar, impulsada por sus pensamientos. No había solución. O Mark Stoklin mataba a aquellos muchachos, o lo haría su padre, con los demás miembros de la banda. Y tanto si ocurría lo primero como lo segundo, ellos dos estaban perdidos. Nada había servido de nada. Habían fracasado completamente...

—No llores... —murmuró Stoklin—. Por favor, Diana, no llores.

—No... puedo... evitarlo... Lloro por esos chicos, por mi hermano, por mi padre, por nosotros... No hemos conseguido nada... ¡Nada! Nos matarán, o tú tendrás que matar a alguien más... ¡Todo ha sido inútil, Mark!

Stoklin sentó a la muchacha en la litera, y él lo hizo a su lado.

—Por culpa de una bala... —musitó—. ¡Por culpa de una sola bala! Si no me hubiesen herido cuando escapábamos con los caballos, jamás nos habrían alcanzado, ni estaría pasando esto. Estaríamos ya en Juno, y nuestra suerte estaría decidida. Para bien o para mal, pero sin más muertes, dispuestos a olvidar todo lo anterior... Una sola bala, Diana. De todos modos..., no tengo demasiado derecho a quejarme. Soy un pistolero, me convertí en un forajido cuando entré a formar parte de la banda de tu padre... Sí, tengo la suerte que merezco. Y aceptaré lo que venga.

—Pe... pero podemos... podemos los dos...

—No. Ya no. Voy a decirle a Morrisey que te deje marchar a ti. Le ofreceré el dinero... Todo. Tu padre no te hará nada a ti, naturalmente...

—¿Estás... diciendo que nos... separemos?

—Sí.

—No lo haré.

—Diana, si hay disparos...

—¡No lo haré! ¡No voy a separarme de ti! Los dos hemos decidido una cosa, y la conseguiremos o... No... No voy a volver con mi padre, Mark. ¿Eso es lo que quieres para mí? ¡Volver allá, con él, con ellos, ahora sin mi hermano...! ¡Volver con ese grupo de fieras, de asesinos, huir siempre, siempre a caballo de un lado a otro, con los rurales o los *sheriffs* detrás, siempre matando...! ¡No!

—Puedes esperar otra oportunidad para dejar a tu padre...

—¿Eso piensas? Nunca me ha dejado abandonarle. ¿Por qué lo permitiría ahora? Y además, estás tú..., Mark: ¿has olvidado que te quiero?

—No te conviene quererme —musitó él—... Olvídalo.

—¡Olvidarlo! ¡Quieres que olvide eso!

Mark Stoklin ensombreció el gesto, y no contestó. ¿Qué podía decir? Diana estuvo mirándolo, y de pronto, reparó en la sangre que resbalaba por el rostro de él, debido al corte que el puñetazo del pequeño Johnny había producido en el pómulo.

Encontró lo necesario para aliviar en lo posible la herida, entre las cosas de Morrisey. Mark la dejó hacer, en silencio, hermética la expresión. Cuando ella terminó, se sentó de nuevo junto a él y le cogió las manos.

—Mark... —susurró—. Mark, creo... creo que ni tú ni yo valemos gran cosa... Un pistolero y la hija de un asesino, de un ladrón, de un reclamado por la ley... Seguramente, ni siquiera los dos juntos valemos nada. Pero no vuelvas a decirme eso... No vuelvas a decir que olvide que te quiero.

—Sería lo mejor para ti. Sin mí, aún podrías...

Diana Prayton no le dejó hablar más. Hundió su boquita sonrosada en los duros labios del pistolero, que volvió a notar aquel frescor suave, aquella ternura dulce en sus labios; deslizó las manos por el cuerpo de ella, hasta abrazarla fuertemente. Y, como la primera vez, como todas las veces, se sintió mejor, sin pensamientos desagradables en su mente. Todo lo que ocurría era que se encontraba bien así, que sentía la necesidad de que aquello jamás terminase...

—Salga, Stoklin —oyó de pronto la voz de Morrisey—: uno de esos tipos quiere hablar con usted.

Los dos se habían vuelto hacia la puerta de atrás del carromato, que se había abierto bruscamente, dejando entrar una claridad molesta, que recortaba las figuras de Morrisey y de Elmer. Éste sonreía maliciosamente, y sus ojos brillaban de un modo... turbio, reflejando con toda exactitud la naturaleza de sus pensamientos.

—Está bien —musitó Mark.

—Voy contigo.

Bajaron los dos del carromato, y Elmer señaló hacia delante. Pero antes de dirigirse hacia allí, Stoklin miró hacia las colinas. Los jinetes estaban ahora en una sola de ellas, reunidos, y más cerca que antes. Ya habían encontrado a la presa, sabían que la tenían acorralada... Pero eran sólo cinco. El sexto estaba delante del carromato, a unas diez o doce yardas, a caballo. Todavía sostenía en la mano izquierda una rama de arbusto, a la cual había atado un pañuelo que sólo con mucha benevolencia podía considerarse blanco.

Era un tipo alto, grueso, macizo, con barba de un par de semanas por lo menos, sucio, greñudo, de ojos pequeños y malignos, irónicos, crueles... Un

verdadero ejemplar de maldad humana. Llevaba dos revólveres, pero, evidentemente, había llegado allá en son de paz.

Mark plantó los pies en el suelo, y lo miró fríamente.

—¿Qué quieres, Donovan? —se interesó, con sequedad.

—Hola... —sonrió Donovan—. Parece que no te dimos en un sitio malo, Stoklin. Eres un tipo de suerte. ¿Qué tal, preciosa? Tu padre te envía besos..., y yo también. Si te acercas, te los daré.

—Te voy a enjuagar la boca con plomo, Donovan —deslizó Mark—. Te hace falta.

—No creo que tu boca esté más limpia que la mía.

—Si has venido a decir asquerosidades será mejor que lo pienses. No tengo ganas de oírlas.

—Bien... Sí, señor, un tipo de suerte. Oye: ¿quiénes son estos mocosos? ¿Acaso no saben que es peligroso jugar con armas?

—Donovan: tienes tres segundos para decir lo que te ha ordenado Prayton o para marcharte. Si no haces ninguna de estas dos cosas, te meteré una bala en tu asquerosa boca.

—Tranquilo... No hay prisa. Ya no hay prisa. Pero de todos modos, no hay por qué charlar tanto, es cierto. Esto me ha encargado Stan Prayton que os diga: devolvednos los catorce mil dólares, que Diana vuelva con él, y tú podrás marcharte adonde quieras sin ser molestado. ¿Lo repito?

—No... —dijo Diana, con voz firme—. Vuelve junto a mi padre y dile que no pienso volver jamás con él. En cuanto a los catorce mil dólares, Mark y yo pensamos llevarlos a Juno, para devolverlos.

—¿Es una broma? —sonrió Donovan.

—No.

—Bien... Asombroso, Stan va a pensar que me burlo de él cuando le dé tu mensaje, Diana.

—Que piense lo que quiera.

—Vaya, no sé si le gustará eso. Todos pensábamos que eras una simple y maldita perra que había traicionado a su padre para quedarse con todo el dinero y con el hombre que le gustaba, pero... Demonios, me parece que Stan va a explotar de rabia cuando le diga que no era eso precisamente, sino que pensáis devolver el dinero... ¡Claro que es una broma! ¡Una divertida broma! Vamos, vamos, hablad con seriedad para...

—Es todo, Donovan —cortó Stoklin—. Puedes marcharte.

—Bien... Ésta es una cosa, que jamás creí que yo pudiese ver. Gente que se juega el pellejo para robar una buena cantidad de dinero, y luego un par de

imbéciles que quieren devolverlo... Se lo diré así a tu padre, encanto. Pero volvamos a estos personajes llenos de mocos por todas partes: ¿qué pintan en esto?

Señaló con amplio ademán a Elmer, Peter, Roy, Mike, Johnny y Jerry, sin conceder la menor importancia al gesto de clarísima irritación de los muchachos, que permanecían a la expectativa.

—Pintarán lo que ellos quieran —masculló Stoklin—. Ellos y el tuerto están dispuestos a mataros si atacáis. Quieren el dinero, y nuestros caballos.

—¡No me digas...! —Donovan estaba ahora atónito, mucho más asombrado que antes—. Y todo eso... ¿lo harán antes o después de limpiarse los mocos, y el estiércol de los pantalones?

—Es una estupidez que los provoques, Donovan.

—¿Sí? Vaya, voy a ponerme a temblar... Escucha, yo no sé qué clase de tipo eres tú, que te llevas el dinero de tus amigos y la hija de tu jefe... Un maldito hijo de puerca, es claro. Pero tanto a ti, como a estos mocosos con olor a orines...

—Desmonte —dijo de pronto Elmer, adelantando un paso, con la mano cerca del revólver.

Donovan lo miró, alzó las cejas y se echó a reír.

—¡Escucha, boca de leche, si quieres...!

Se calló bruscamente, impresionado por la rapidez con que Elmer había sacado su revólver. Y aún no había salido de su asombro cuando los otros cinco le apuntaban también con sus armas.

—Desmonte —insistió Elmer—. Y tenga las manos bien lejos de sus revólveres.

Donovan parpadeó. Miró a Casius Morrissey, y vio su único ojo fijo en él, brillante, sarcástico el gesto del horrible rostro triturado en su lado izquierdo.

—Usted habla demasiado, Donovan —dijo casi riendo Morrissey—. Le habría ido mucho mejor limitarse a dar su recado. Créame, será mejor que desmonte. Lo hará de todos modos, así que elija si quiere hacerlo vivo o muerto.

—Déjense de fanfarronadas —gruñó el forajido—. Voy a marcharme ahora, y les advierto que...

¡Pack!

El disparo sobresaltó a todos, pero especialmente a Donovan, que dio un bote en la silla cuando la bala disparada por Elmer se llevó la mitad de su oreja derecha, arrancando de la cabeza un pequeño y fugaz surtidor de sangre. Tras el respingo de dolor y sorpresa, Donovan bajó las manos hacia sus

armas, pero quedó así: con las manos sobre las culatas, mirando aquellos seis revólveres que le apuntaban con una firmeza que sólo un insecto dejaría de calibrar debidamente.

—Tercera y última vez —dijo Elmer—: desmonte.

Chorreando sangre por aquel lado de la cabeza, Donovan desmontó, lentamente, desviando sus ojos de uno a otro mocoso, con viveza inquieta, como preguntándose cuál de ellos le iba a arrancar la otra oreja.

—Desabróchese el cinto. No lo diré otra vez —aseguró Elmer.

Donovan obedeció, mirando ahora a Stoklin, que a su vez lo miraba con cierta regocijada expresión de maldad. Parecía dispuesto a presenciar algo que le satisfaría... Elmer ordenó a Donovan que se apartase de su revólver, y entonces, los seis cachorros se acercaron a él, rodeándole completamente. Y de pronto, todos a la vez saltaron contra él, con los revólveres en alto.

Roy fue alcanzado por un tremendo puñetazo de Donovan, pero los demás golpearon fuertemente con sus revólveres, acertando al forajido en la cabeza, en un hombro, en el estómago, en el cuello, en la espalda... Fueron cinco golpes tremendos, escalofriantes, que dejaron a Donovan caído de rodillas sangrando, además de por la oreja mutilada, por la cabeza y el cuello... Roy se unió enseguida a sus compañeros, más enfurecido que los demás, y la nueva tanda de golpes de revólver pareció aplastar a Donovan contra el suelo. Se puso de rodillas, gritando, protegiéndose el rostro y la cabeza con las manos, pero los cachorros habían guardado ya sus armas, y lo esperaban a puño limpio. Roy y Mike se acercaron por detrás, y le ayudaron a ponerse completamente en pie..., para que Elmer y Jerry le golpearan en el vientre, en la cara..., mientras Peter y Johnny lo hacían en los costados. Luego, lo tiraron a los brazos de Elmer y Jerry, de modo que fueron éstos quienes lo sujetaron mientras los demás iban machacando a golpes aquel cuerpo ya completamente salpicado de su propia sangre, que brotaba de pequeñas heridas...

Mark miró hacia donde estaba el grupo de jinetes, y sonrió secamente al notar su inquietud. El sol daba en los cañones de los rifles, pero sabía que no los usarían en aquellas circunstancias, estando ellos a plena vista, más vulnerables que quienes podían esconderse rápidamente entre rocas o dentro del carromato... Eso quizá le importase a su padre, Stan Prayton.

Cuando volvió a mirar a Donovan, Stoklin se estremeció. Era un gigantesco muñeco que parecía pintado o manchado de rojo, lanzado de unos puños a otros. Vio los puños de los muchachos, tenidos de sangre, goteando algunos...

—Ya basta —gritó—. ¡Basta!

—Dejadlo... —ordenó también Morrisey—. Stoklin tiene razón: os estáis ensuciando de sangre.

Los muchachos dejaron de golpearlo, y falto del apoyo de los puños que lo enviaban de un lacio a otro, Donovan se derrumbó como un saco, a peso, convertido en una mole rojiza.

—¿Lo ahorcamos? —propuso el pequeño Johnny.

Stoklin quedó lívido, y Diana lanzó un grito de espanto, llevándose las manos a la boca, mordiéndolas, para evitar aquel alarido que estaba vibrando en su garganta, angustiándola...

—No hay que tomarse tanto trabajo... —rió Morrisey—. Aunque tu idea ha sido buena, Johnny.

—¿Puedo quedarme con su caballo? —sonrió el muchacho.

—Te lo mereces, pero... no. Ya compraremos pronto un caballo para ti. Muchos caballos para todos. Ahora, colocad «eso» en su caballo, y espantadlo lejos de aquí. Quiero que sus amigos lo vean... Veremos si se dedican a molestarnos después de ver esto.

Los cachorros colocaron al desvanecido, casi muerto Donovan, cruzado en la silla de su caballo, y luego espantaron al animal, que ya lo estaba bastante, y salió de allí a todo galope. Era poco probable que Donovan estuviese más de un minuto en la silla. Pero los otros cinco jinetes galopaban ya ladera abajo, al encuentro del espantado animal.

—Id a lavaros esa sangre. Hay que tener las manos limpias y secas por si hay que usar las armas. Y sacad los rifles. Presiento que vamos a tener mucho trabajo, pero... valdrá la pena —se acercó a Mark, sonriendo—. ¿Qué le ha parecido, Stoklin?

—Una asquerosa salvajada. Jamás vi nada igual... Y debo decirle que usted no sabe lo que ha hecho... o permitido.

—Ya le dije antes que es hora de que estos chicos hagan algo auténtico. Vengo entrenándolos hace mucho tiempo. Es hora de probarlos.

—Es usted una bestia sádica y tuerta, Morrisey.

Éste lanzó un tremolante alarido de rabia y, de pronto, golpeó a Stoklin en pleno vientre, con la culata del rifle. El golpe fue tan fuerte, y sobre todo tan inesperado, que el pistolero cayó al, suelo, de espaldas. Se incorporó a medias, vivamente, llevando la mano a su revólver... Pero el rifle de Morrisey, ahora con el cañón por delante, estaba casi tocando su pecho.

—Lo voy a matar... —jadeó temblorosamente el tuerto—. ¡Lo voy a matar, perro maldito!

CAPÍTULO IV

Mark Stoklin no retiró la mano de la culata de tu revólver. Por el contrario, los dedos se cerraron en torno a ella, sin tensión, suavemente, con naturalidad.

—Adelante, Morrisey... —susurró—. Adelante, dispare. Pero asegúrese de que su primera bala va a matarme. Mueva ese dedo índice en el gatillo, y veremos qué pasa.

—Señor Morrisey... —gimió Diana—. Por favor... Por Dios, no dispare... ¡No lo haga!

—Cállate, Diana —exigió secamente Stoklin—. Deja que él haga lo que quiera. Tiene que dar ejemplo... Está condenando a muerte a media docena de chiquillos... Que él demuestre que también es capaz de morir. O de matar. Tanto valor hace falta para una cosa como para otra. ¿Tiene ese valor, Morrisey? Yo sí lo tengo... ¿Lo tiene usted?

—Usted es el que está loco... —farfulló Morrisey—. ¡Loco como nunca lo ha estado nadie! ¡Está desafiando a un hombre que puede partirle el corazón con sólo mover un dedo!

—Pues muévalo. Usted tiene que mover un dedo... Yo, una mano. Tiene todas las ventajas, Morrisey. ¿Qué espera? Si alguien...

—¡Casius! —se oyó la voz de uno de los muchachos—: ¡Ven aquí, pronto! ¡Jerry está mal!

El tuerto se enderezó. Su único ojo brillaba diabólicamente, fijo en Stoklin. Poco a poco, fue bajando el rifle, hasta que quedó apuntando al suelo.

—Vamos a dejar esto en suspenso, Stoklin.

—Me parece bien —sonrió irónicamente Mark.

—El asunto no ha terminado. Usted y yo diremos la última palabra cuando sea el momento oportuno. Mientras tanto, no olvide que si intentan marcharse de aquí, no podrán recorrer ni una docena de yardas. De una cosa sí podemos estar seguros: mis chicos tienen buena puntería. Y son seis, no lo olvide.

—Cinco, de momento. Parece que alguno está en dificultades.

Casius Morrisey vacilaba todavía entre meterle una bala o no a Stoklin. Le irritaba sobremanera aquella sonrisa mordaz en labios del pistolero herido. Se estaba burlando claramente de él. Lo hacía con una seguridad fría, bien razonada. Por un motivo que ambos comprendían muy bien, Stoklin sabía que Morrisey no iba a matarlo, de momento.

—Levántese y venga conmigo. Vamos a ver qué le pasa a Jerry.

—El médico, o algo parecido, es usted, no yo.

—Levántese y venga conmigo, Stoklin.

—Bien... ¿Por qué no?

El pistolero se puso en pie, ayudado precipitadamente por Diana. Morrisey señaló hacia el carromato, y la pareja le precedió hacia allí, siempre bajo el control del rifle del tuerto. Cuando llegaron a la parte posterior del carromato, vieron la cuba de agua en el borde del primer escalón de madera; al lado, un recipiente teñido de rojo, donde, evidentemente, todos se habían lavado las manos. Todos, excepto Jerry, que estaba sentado en el segundo escalón, con la cabeza caída sobre el pecho, sosteniéndola con las manos, como si el peso fuera excesivo.

—¿Qué es lo que pasa? —gruñó Morrisey.

—No sé... —refunfuñó Elmer—. Estábamos aquí, lavándonos las manos, y de pronto Jerry cayó sobre la espalda de Mike. Lo sentamos y se ha quedado así, como muerto. Dice que está muy mal... Que le duele el estómago, o el pecho... No lo sabe bien.

Casius apartó a los demás. Asió los cabellos de Jerry, y tiró de ellos, alzándole la cabeza. Cuando quedó alzado el rostro del muchacho, todos vieron su intensa palidez, la crispación de sus facciones, la intensa, profunda sensación de angustia en sus ojos.

—Jerry... ¿Qué te pasa, muchacho? —murmuró Morrisey.

—No... No sé... Yo no lo sé, Casius... ¡No lo sé!

—¿Dónde te duele?

—Aquí... —se señaló el estómago—. Por aquí... No es dolor... Me encuentro mal, pero no... no sé por qué... Tengo frío en todo el cuerpo, y en la cabeza... Me parece como... como si no pudiese abrir la boca, pero hablo... ¡No lo sé, Casius!

—Tranquilízate... Debe ser debilidad. No has almorzado hoy. Mira, no quiero ser duro con vosotros... Está bien, eres el peor tirador de todos, pero eso no quiere decir que no seamos amigos tú y yo, igual que los demás... ¿Lo entiendes, Jerry?

—Sí... Sí, Casius... Lo entiendo.

—Bueno... Descansa un rato. Vamos a preparar ahora algo para cenar. Es un poco pronto, pero no importa. Tranquilo... Tendrás toda la comida que quieras. Buscaremos otro castigo... Tú lo entiendes, Jerry... Hay que hacerlo todo como yo digo, hay que saber hacerlo... Lo entiendes, ¿no es cierto?

—Sí... Pero no es comida lo que quiero... No creo que sea eso, Casius.

—¡Claro que es eso! Verás...

—No es eso... —dijo secamente Stoklin—. Lo único que le pasa al muchacho es que está asqueado. Tiene náuseas por lo que ha hecho, por lo que ha visto... Usted lo sabe bien, Morrisey.

—Cállese.

—¿Por qué he de callarme? —rió Stoklin—. No sea necio... No es usted nadie, comparado conmigo. ¿Tiene una camada? ¿Y qué? Yo tengo un revólver. ¿Alguien quiere quitármelo?

Se volvió hacia el grupo de cachorros, que lo miraban fijamente. Aquella clase de elemento, evidentemente, era nuevo en sus vidas. O lo parecía, al menos. Todos los cachorros eran agresivos. Pero la agresividad es una cosa muy relativa, como todo. Posiblemente, no hay nadie más agresivo que aquel que está acostumbrado a que, en cuanto enseña los dientes, se queda solo, todos huyen. Pero aquel ejemplar desconocido los desconcertaba. Ellos enseñaban los dientes, y como respuesta, en lugar de una franca huida, Stoklin mostraba los suyos. Y lo hacía con más seguridad... Mostraba sus dientes, más grandes, más poderosos. Aquello no era lo normal, no era lo que ellos conocían o esperaban.

—Dejadlo por ahora... —dijo Morrisey, y volvió su atención a Jerry—. Es mejor que camines un poco. Ve a sentarte allá, tú solo... No pienses en nada. Nosotros lo haremos todo, Jerry. Cuando la cena esté lista, te avisaremos. ¿Está bien así?

—Sí. Sí, está bien...

—No tragaré un solo bocado —aseguró Stoklin—. Tiene la garganta cerrada. Ni siquiera podría beber agua ahora.

Casius Morrisey le dirigió una mirada de reojo. Hizo una seña a los demás jovencitos, y Stoklin se encontró apuntado por cinco revólveres. El tuerto ayudó, más bien acompañó a Jerry a llegar al lugar señalado. Lo dejó sentado allí, y regresó junto a la parte trasera del carromato, donde la situación seguía igual: Mark Stoklin, con una sonrisa fría en sus duros labios continuaba bajo la amenaza de los cinco revólveres.

—Desabróchese el cinto, Stoklin —ordenó Morrisey.

—¿Cómo no? —se burló el pistolero—. No iba a servirme de mucho de todos modos.

Lo dejó caer al suelo. Elmer lo apartó con un pie, y luego lo recogió. Lo abrochó y se lo colgó en un hombro.

—Es usted un hombre peligroso, Stoklin... —sonrió Morrisey—. ¿Lo sabía?

—Quizá.

—No me refiero a su habilidad con el revólver, cosa que ya demostró. No... No me refiero a eso. Estoy hablando de su cabeza. Es una buena cabeza. Le sirve para pensar.

—¿Debo asombrarme?

—Usted no. Pero a mí sí me asombra. He conocido gente de toda clase. A la mayoría, la cabeza no les servía de gran cosa. A usted sí le sirve. Ha comprendido que no podría jamás contra nosotros... No en cuanto a una pelea se refiere. Lo que usted teme realmente es que podamos hacer el menor daño a Diana. Por eso es dócil..., cuando le conviene. No tiene más que una idea en la cabeza, conseguir que su novia salga viva de aquí, que escape. Su padre está cerca. Quizá la golpee, pero no la matará... Por eso, usted sólo está pensando en una cosa: que ella se marche. A cambio de eso, se portará todo lo bien que le exijamos. Usted es listo, Stoklin. Y como todos los listos, peligroso.

—Creo que me está concediendo demasiada importancia, Morrisey.

—Yo sé que no. Ahora, aclaremos una cosa: todos los que nos hallamos en este lugar estamos en dificultades. Si nos peleamos entre nosotros, no conseguiremos nada más que facilitar las cosas a ese grupo de hombres que deben estar vigilándonos a distancia prudente..., para ellos. Pero sí llegamos a un acuerdo, todos nosotros podemos salir beneficiados.

—¿Todos? ¿De qué forma?

—Haremos un trato. Usted nos entrega esos catorce mil dólares de que ha hablado el tal Donovan. A cambio de ello, nosotros le ayudaremos a escapar del padre de su novia. Podemos matarlos a todos... Nos da el dinero, le ayudamos, y luego cada uno seguirá su camino.

—Es usted un imbécil... —rió Stoklin—. ¿Con quién cree que está tratando? En primer lugar, el imbécil sería yo si confiase en usted. En segundo lugar, ninguno de nosotros podrá escapar del cerco que nos han tendido el padre de Diana y sus hombres. Quítese eso de la cabeza. No hay trato, Morrisey.

—¿No?

—No. Ninguna clase de trato.

—Nunca vi ahorcada a una mujer... —sonrió siniestramente Casius Morrisey—. ¿Y usted?

Mark Stoklin quedó lívido como un cadáver.

—Está loco... —insistió una vez más, roncamente—. Si hace eso...

—Puedo hacerlo. ¿Por qué no? Sólo tengo que coger una cuerda, pasarla por una de esas ramas, y colgar a su novia. No creo que sea nada difícil. Vamos, vamos, Stoklin, hemos hablado de que usted es listo... Demuéstrelo. ¿Valen más esos catorce mil dólares que su novia? La puedo colgar en pocos segundos, la vería usted ponerse primero pálida, luego roja, después morada... Vería usted sus piernas agitándose en los espasmos de...

—Cállese... —jadeó Mark—. ¡Cierre esa maldita boca de una vez, Morrisey!

—Puedo cerrarla... a cambio de catorce mil dólares.

—Se los daré... ¡Le daré ese dinero!

—¡Bien! Veámoslo, pues. Tengo...

—No está aquí... ¡No lo llevamos encima!

—Stoklin...

—Lo escondimos... Nos detuvimos cuando escapábamos de la banda, y lo enterramos en un lugar... ¡Y no me diga que eso es mentira! Ya no hay disimulos, Morrisey, no hay trucos... Usted se ha dado cuenta de la verdad: quiero a Diana. No la cambiaría jamás por catorce mil dólares. No la cambiaría por nada...

Casius Morrisey frunció el ceño. Se vio desaparecer su ceja bajo el parche negro que tapaba su ojo derecho. Durante unos segundos, ni siquiera sus cachorros supieron lo que estaba pensando.

—Registradlos —musitó de pronto—. Registradlos bien, y haced lo mismo con sus alforjas, sus mantas, las cantimploras, las ropas, las botas... Todo. Registradlos bien.

—No van a tocar a Diana —se tensó la voz de Stoklin—. Si hacen eso, mi actitud...

—Cálmese. Johnny irá con la chica dentro del carro, y ella se quitará las ropas de encima. Johnny tiene trece años, Stoklin... No complique las cosas. Usted me entiende.

—Aunque tenga trece años...

—No importa... —murmuró Diana—. Es un niño, Mark. Deja que él se convenza de que no llevo el dinero en mis ropas.

—¿No podría ir yo? —sonrió maliciosamente Elmer.

—Cállate —gruñó Morrisey—. Esto no es un juego, Elmer. Son catorce mil dólares en dinero contante. Deja tus bravuconadas masculinas para mejor ocasión.

—Está bien.

—Ahora vas a quedarte conmigo vigilando a Stoklin, mientras los demás lo registran. Johnny irá con la chica al carromato, y se asegurará de que no lleva el dinero en sus ropas. Después de registrar a Stoklin, los demás irán a registrar sus alforjas. Eso es lo que vamos a hacer, y no hay nada más que hablar.

—Ya le dije que no me mataría, Morrisey... —sonrió desganadamente Mark—. Usted oyó lo de los catorce mil dólares, y tiene que conservarme vivo para que lo lleve adónde están.

—Siga hablando, Stoklin, y será sólo su novia la que nos llevará a ese lugar.

Para asombro de todos, Mark Stoklin se echó a reír.

—¡Buena idea! Deje usted que el padre de Diana se entere de que yo estoy muerto, de que no puedo organizar la defensa..., y ya veremos cuánto duran ustedes.

—Tanto como dure su hija —sonrió también Morrisey—. De modo que cierre la boca de una vez. ¡Haced lo que os he dicho!

El registro completo de ropas, equipo, botas, mantas..., llevó casi veinte minutos. Y cuando terminó, todos movían negativamente la cabeza. Diana hacía ya algunos minutos que había salido del carromato, con el pequeño Johnny, que aseguró que no había nada oculto bajo la indumentaria de la muchacha. Finalmente, ya todos reunidos de nuevo, Mark Stoklin, poniéndose las botas, miró indiferente a Morrisey.

—Ya le dije que lo escondimos.

—Está bien. Vamos a esperar el momento oportuno, regresaremos, y desenterrará ese dinero, Stoklin. ¿De acuerdo?

—Pues... no. Pero no creo poder elegir.

—Eso está bien. Atadlo.

En pocos minutos, Mark Stoklin quedó sólidamente atado, según parecía.

—Y será mejor, Stoklin —amenazó Morrisey—, que no busque complicaciones.

—Ya las está buscando usted —aseguró el pistolero.

—¿Yo?

—En cuanto Stan Prayton sepa que me ha apartado de la pelea, que no van a utilizarme en apoyo de ustedes, atacará. Y será mejor que no se haga

ilusiones, Morrisey. No duraremos mucho.

—¿Tendríamos más probabilidades dándole a usted su revólver, y soltándole las manos, claro?

—Muchísimas más. Los conozco bien. Sé lo que harán: no dejarán vivo a nadie. Salvo a Diana, desde luego.

—Si realmente ese Stan Prayton quiere conservar viva a su hija, será mejor que no nos ataque. Se lo haré comprender así a la primera oportunidad. Ya dije esto antes, y creí que me había entendido.

—No niego que tiene usted un comodín, Morrisey. Pero tener un comodín no significa que forzosamente se vaya a ganar la partida.

—Lo único que hace falta es saber jugar. Elmer estará en todo momento con su novia, Stoklin. En cuanto su padre ataque, la chica recibirá un balazo en la cabeza. Y así será en todo momento. Mañana al amanecer, regresaremos en busca del dinero... Y será mejor que Stan Prayton se mantenga alejado, si no quiere que le envíe la cabeza de su encantadora hija. ¿Quiere comer algo?

—Pues yo sí. Voy a ver cómo están las cosas, y volveré junto a usted. Me gusta vigilarlo de cerca. Y además, con estos muchachos no es fácil encontrar una conversación interesante, de modo que vendré a charlar un rato con usted. Hay cosas que tienen que aclararse muy bien. Por curiosidad, realmente. Ya vuelvo... ¿Qué hay, Peter?

—Íbamos a desensillar los caballos, Casius, pero Mike dice que quizá no sea conveniente, por si hay que salir de aquí a toda prisa. ¿Qué dices tú?

—Bueno... Realmente, Mike tiene razón. Ningún caballo se muere por pasar una noche con la silla puesta... Dejados como están: ésta va a ser una noche especial. No los desensilléis, pero amarrados bien. Y dadles agua.

—Sí, Casius.

El muchacho se alejó. Morrisey llamó por señas a Elmer, le estuvo hablando unos segundos al oído, y enseguida, sonriendo odiosamente, el jovencito se dirigió hacia Diana. Se colocó cerca de ella, mirándola fijamente, y eso fue todo.

Verdaderamente, Diana Prayton y Mark Stoklin tenían cada vez un porvenir más corto. Y no solo, corto, sino malo.

CAPÍTULO V

Cuando terminaron la cena apenas había anochecido. Morrisey dio orden de avivar el fuego. Lo quería intenso en todo momento, ya que, según el sistema defensivo que adoptó, le convenía así. El lugar parecía bueno para defenderse, pues no sería fácil llegar hasta allí desde las colinas sin ser visto. Cierto que había muchas peñas bastante grandes, pero, precisamente, las mejores en cuanto a defensa y ocultación estaban en el lugar que Morrisey había elegido para acampar. El carro fue colocado como una barrera más, y dos de los muchachos, Mike y Johnny, fueron los encargados de tenderse debajo, rifle en mano, vigilando el posible ataque.

Los demás se distribuyeron entre las peñas. En conjunto, formaron un círculo en cuyo centro estaban las rocas más grandes, formando un reducto natural bastante grande y cómodo para protegerse. La situación, en cierto modo y teniendo en cuenta las circunstancias, era poco menos que privilegiada.

Desde este reducto, Casius Morrisey veía, tumbados, a todos sus chicos, excepto a Elmer, que estaba con él allí, vigilando siempre atentamente, con ojos brillantes, a Diana. También Mark Stoklin fue colocado allí, bien atado y desarmado, a pesar de que insistió en que aquello era una imprudencia que Morrisey y los muchachos podían pagar muy cara.

Como si todo estuviera de parte del tuerto y sus cachorros, algunas ligeras nubes que habían tenido encima al llegar desaparecieron, de modo que la luna, casi llena, apareció en el cielo, brillante, proporcionando una iluminación mucho más que aceptable. Era una hermosa y tibia noche.

—Bien... —sonrió Morrisey—. Parece que no podemos hacer otra cosa que esperar. Por la mañana regresaremos en busca del dinero...

—No quedaremos ninguno vivo por la mañana —aseguró Mark.

—Yo creo que sí. Y tendrán que dejarnos pasar, o Prayton verá cómo le cortamos el cuello a su hija.

—No creo que eso le importe demasiado —murmuró roncamente la muchacha.

Morrisey la miró vivamente, estremeciéndola.

—¿Por qué dice eso?

—Diana está tratando de decirle que su padre no tiene sentimientos... — aclaró Stoklin—. Pero eso no es exacto del todo. Es decir, no es en cuanto se refiere a Diana. A su manera, Prayton la quiere.

—Ah... Eso es más lógico, ¿verdad?

—También quería a mi hermano... —se crispó la voz de Diana—. ¿O no lo quería, Mark?

—Yo creo que sí, Diana. No hay que exagerar.

—¡Jim está muerto por su culpa! ¡Mi padre es el único culpable de la muerte de mi hermano! Y él era bueno... ¡Él sí que era bueno!

—¿Está diciendo que su padre mató a su hermano, jovencita? —masculló Morrisey.

—¡Sí!

—Cálmate, Diana... —susurró Stoklin—. No le haga caso, Morrisey.

—¿Por qué no he de hacerle caso? Ella debe saber muy bien lo que está diciendo. Y si dice que su padre mató a su hermano, será por algo, ¿no?

—Está ofuscada. Quería mucho a su hermano.

—¿Qué pasó con él?

—Murió ayer.

—Ah... ¿Quién lo mató?

—El empleado de un Banco de Sheffield. Asaltamos ese Banco, y cuando escapábamos un empleado tuvo tiempo de salir a la calle, disparó y le metió una bala en la espalda a Jim Prayton. Eso fue anteayer. Tuvimos que seguir galopando, para escapar..., y Jim Prayton no pudo resistirlo.

—Entiendo. Sí, entiendo... —Morrisey encendió un cigarro—. ¿Qué pasó exactamente con ese asalto al Banco?

—Pues pasó exactamente lo que le he contado. Nos llevamos catorce mil dólares.

—¿Y sólo tuvieron una baja?

—Sólo. Pero, como siempre suele ocurrir, cayó el mejor. Jim Prayton era un muchacho excelente.

—Oh, vamos... —rió Morrisey—. Ninguna persona excelente se dedica a asaltar Bancos, Stoklin.

—Seguramente es así, en general. Pero Jim Prayton estaba con su padre, con la banda, sólo por no dejar sola a Diana, pues sabía que el viejo Prayton no la dejaría marchar nunca. De modo que estaba con la banda para que su hermana tuviese siempre su apoyo, su compañía. Y si participaba en los

asaltos era porque su padre se lo exigía. El pobre muchacho estaba desesperado, pero no podía hacer nada más. Si no hubiera sido por Diana se habría alejado de la banda hacía ya años.

—Interesante ese muchacho... ¿Y usted? ¿Qué me dice de usted?

—¿Sobre qué?

—Sobre su presencia en la banda.

—Bueno... —sonrió amargamente Stoklin—. Eso es cosa que ya no asombraría a nadie, es claro. Sólo hay que mirarme para ver qué clase de sujeto puedo ser. Un pistolero... Y por ahí se empieza, Morrissey. Siempre se empieza de algún modo, y si uno no se da cuenta, pues... está listo para siempre. Hasta hace poco, yo era solamente un pistolero quisquilloso, un vulgar granuja que vivía del juego o de alquilar el revólver por unos cuantos dólares. Había tenido alguna pequeña aspereza con la ley, pero nada por lo que pudiera sentirme intranquilo. Y hace catorce o quince semanas, conocí a Spike... Es uno de la banda del padre de Diana. Estuvimos charlando, tomamos unos tragos... Spike me había visto en una pelea a revólver, y me propuso que me uniese a la banda.

—Usted no es hombre de bandas, Stoklin.

—No lo sabía entonces. Pero tiene usted razón. Al principio, la idea me pareció interesante. Spike me dijo que nunca me faltaría dinero, que siempre estaría respaldado... Me dijo que alquilar el revólver estaba bien para los muertos de hambre que no quisieran vivir mucho tiempo. Un hombre solo siempre es fácil de cazar. En fin, la idea me fue gustando, y acepté. Estuvimos tres meses sin hacer nada más que ir de un lado a otro, a caballo siempre, porque la banda Prayton ya era conocida y temida... Por fin, Stan Prayton dijo que podríamos dar un golpe en Sheffield, escapar hacia el Sur siguiendo el curso del Pecos, y cruzar la frontera mexicana. Para entonces, yo estaba ya arrepentido de haberme complicado la vida con ellos, pero...

—¿Sí?

—Bueno... Diana y yo habíamos coincidido ya a la orilla del arroyo...

—Demonios —sonrió Elmer.

—Si no estuviese atado, mocososo, te habrías tragado ya un par de dientes —espetó secamente Mark.

—¿De verdad? —se irritó el muchacho—. ¡Pues ya que habla de tragarse dientes, va a ver...!

Había saltado hacia él, dando la vuelta al rifle, de modo que la culata quedó orientada hacia el rostro de Stoklin. Pero Elmer no llegó a dar el tremendo golpe, porque Morrissey se lo prohibió.

—Elmer, vuelve a sentarte ahí y permanece quieto y callado. Me interesa esta conversación, así que no quiero oírte más. ¿Entendido?

—Sí... Entendido. Pero a este tipo...

—Olvida eso, por el momento. Siga, Stoklin.

—No veo qué interés puede tener esa historia tan vulgar.

—Siempre es interesante charlar de estas cosas.

Mark encogió los hombros.

—Como le decía, Diana y yo habíamos comprendido ya que nos queríamos, antes del asalto al Banco, pero no sabíamos muy bien qué hacer. Estábamos pensando en decírselo a su hermano, y largarnos los tres, cuando Stan Prayton decidió asaltar el Banco. Las cosas fueron de tal modo que no tuvimos más remedio que seguirle. Pensábamos dar sólo ese golpe, confiar así al viejo Prayton, y luego marcharnos. Él no nos necesitaba para seguir al frente de su banda. Sabe muy bien cómo vivir de ese modo, cómo dominar tipos como Donovan, Spike, «Sonora», Kaye, Wynn... Sí, pensamos eso: robar el Banco en Sheffield y escapar con toda la banda hacia el Sur, siguiendo el Pecos. Y una vez en México, queríamos separarnos de la banda en cuanto tuviésemos ocasión de hacerlo. La herida de Jim Prayton lo estropeó todo. Tuvimos dificultades para galopar todo lo de prisa que convenía, pero además, como era de temer, pronto debimos detenernos. Jim Prayton había resistido, pero...

—¿Era tan fuerte como usted?

—¿Jim? No, no... Era un muchacho delgado, no muy fuerte...

—¿Cómo pudo galopar tanto con una bala en la espalda?

—Eso era muy propio de él —sonrió amargamente Mark—. Sabía muy bien que si se detenía, nos alcanzarían. Y antes que dar lugar a eso, y que ahorcasen a su padre y metiesen en la cárcel a Diana, decidió resistir hasta el límite. La verdad es que galopaba con tanta rabia que ninguno creímos que su herida fuese tan grave... Nos enterarnos cuando, al detenernos en un lugar que consideramos ya seguro; cayó del caballo, sin decir palabra. Durante varias horas, entre su padre, Diana y yo, intentarnos conservar la vida, pero era demasiado tarde. Ahora, Jim Prayton está en una tumba junto al Pecos.

—¿Cómo pudieron escapar ustedes con el dinero robado? Me refiero a usted y a la chica. ¿Cómo pudieron huir de la banda, dejándolos sin caballos, sin dinero...?

—Diana pudo quitarle el dinero a su padre, mientras él dormía. Yo estaba de guardia entonces.

—Ah... Lo prepararon todo muy bien, ¿no es así?

—Eso parece. Pero, cuando recogíamos todos los caballos, se hizo demasiado ruido... Y las consecuencias fueron que cuando escapábamos llevándonos todos los animales, a mí me metieron la bala entre las costillas, por detrás. Poco después, tuvimos que soltar los caballos, porque yo no podía atenderlos... Bastante trabajo tenía con mantenerme en la silla. Y lo demás, ya lo sabe, Morrisey.

—¿Dónde escondieron el dinero?

—En un sitio seguro. Supongo que no querrá que le diga junto a qué árbol o piedra lo hicimos.

—Ya sé que eso es imposible —masculló Morrisey—. Por eso iremos allá todos...

—Él no es necesario... —dijo Elmer—. Diana también sabe dónde escondieron el dinero. ¿Por qué llevar a Stoklin, Casius?

—Es verdad... —sonrió Morrisey—. ¿Por qué conservarlo vivo a usted, si su chica sabe dónde está el dinero?

—Lo sabe, en efecto —sonrió sarcásticamente Mark—. Pero no creo que encontrase el lugar. Ella ha demostrado ya varias veces que es muy torpe para estas cosas. Tendrían dificultades para encontrar el sitio exacto, sin mi ayuda.

—¿Cree que somos tontos? —rió Elmer—. ¡Usted dice eso para que no le matemos ahora mismo!

—Es posible —sonrió Stoklin.

Morrisey miraba de Diana a Mark, y viceversa, moviendo rápidamente su único y diabólico ojo.

—Está bien —dijo al cabo de unos segundos—. Por ahora, vamos a dejar las cosas tal como están. Hay algo que me tiene desconcertado, Stoklin. ¿De verdad pensaban ustedes devolver esos catorce mil dólares?

—Sí.

—Par de idiotas —rió Elmer.

—¿Por qué? —se interesó Morrisey.

—Diana y yo hemos llegado a la conclusión de que no nos gusta esta clase de vida. Bien. Digamos que he sido yo quien lo ha comprendido al fin. Ella hace ya mucho tiempo, junto con su hermano Jim, que está esperando una ocasión para dejar a su padre, y vivir su propia vida, sin sobresaltos, sin angustia... En cuanto a mí, la muerte de Jim Prayton me ha hecho comprender muchas cosas, Morrisey. Por eso, quería devolver el dinero y entregarme.

—Lo hubiesen metido en la cárcel. Eso, por lo menos.

—No importa.

—Ya ella también... —la señaló Morrisey—. Si hace años que va con la banda de su padre, la ley debe saber eso ya. Los dos habrían ido a parar a la cárcel.

—El que hubiera salido antes habría esperado al otro.

—¡Ésta es buena! —exclamó Elmer, echándose a reír.

—Lo que pasa —sonrió irónicamente Morrisey— es que tú no eres romántico, Elmer.

—¡Romántico! ¡Ésta es buena! ¡Vaya un par de imbéciles...! ¡Tienen catorce mil dólares en las manos y deciden entregarse, devolver el dinero...! Casius: ¿tú qué piensas de esto?

—Que tienes razón, muchacho... —asintió el tuerto, socarrón—. Un par de completísimos imbéciles.

Mark Stoklin apartó su fría mirada del muchacho para posarla en el único ojo de Morrisey.

—Tiene usted muy bien entrenados a sus cachorros.

—¿Eso piensa? Bueno... Ojalá sea cierto. Creo que aún son demasiado jóvenes... Excepto Elmer, claro... De todos modos..., sí, creo que son una buena camada. Dentro de un par de años más, serán peligrosos de verdad, Stoklin. ¿No Cree?

—No vivirán ese par de años si usted no hace un trato conmigo, de modo que Prayton le deje marchar.

—Bueno... Eso es precisamente lo que quiero probar. Estos chicos disparan ya muy bien. Excepto Jerry... No es que lo haga mal, pero no siempre acierta. Supongo que necesita más entrenamiento que los demás. Pero éste es un buen momento para todos... Sí, es un buen momento para demostrar el valor que tiene cada uno.

—¿Qué valor quiere que tengan unos niños?

—¿Niños? Usted los está llamando cachorros... Y eso son: cachorros muy peligrosos, Stoklin. Eso creo, al menos. Y lo sabré en cuanto Prayton ataque.

—Los matarán a todos.

—Es posible... Si son unos cobardes, si todo mi esfuerzo no ha servido de nada, los matarán. Pero si son cobardes no los necesito para nada, así que por mí, bien estarán muertos. Y si son valientes como yo espero, Stoklin, serán ellos quienes acabarán con su banda. En teoría así tendría que ser: disparan magníficamente, y tenemos todas las ventajas de nuestra parte.

—Les fallarán los nervios. Lo sé.

—No creo. Pero ya le digo que si eso sucede, les estará bien empleado que los maten.

—Usted es un monstruo... —jadeó Diana—. ¡Un monstruo asqueroso, lleno de maldad! ¡Es usted peor que mi padre, Morrisey!

El tuerto volvió su ojo hacia ella, llameante.

—No complique las cosas, pequeña... —masculló—. Lo mejor que puede hacer es tener la boca cerrada. Así que cállese o los encierro a los dos en el carromato...

Diana palideció, y sus labios se apretaron, temblando. Mark Stoklin permaneció en silencio, como si no hubiera oído nada. Sabía que era la mejor actitud que podía tomar. Todo menos excitar más al joven Elmer, cosa que parecía bien fácil.

—Así me gusta... Los dos bien calladitos. Elmer, ve a darte una vuelta a ver si los chicos están bien colocados y vigilantes. Y me traes café.

—Te traeré café, Casius —aceptó el muchacho—. Pero no hace falta que haga lo otro. Los veo a todos desde aquí.

—Yo también los veo, muchacho... —gruñó el tuerto—. Pero quiero que te asegures de que no les entra sueño. No sería divertido eso, ¿verdad?

—Verdad —sonrió Elmer—. Haré lo que dices.

Salió de entre las rocas, y fue hacia la fogata. Colocó el pote de café, para que se calentara, y dio una vuelta, cambiando impresiones con los demás miembros de la camada, que estaban completamente despejados, rifle en mano, esperando, atentos los ojos. El cielo se veía negrísimo lejos de la luna. Pero en torno a ésta tomaba una claridad grisácea, y las estrellas brillaban con menos intensidad. Por delante y detrás de la posición de la camada se extendía la vaguada, amplia, salpicada de rocas; a los lados, las ligeras colinas con algunos álamos. Y bañándolo todo en color de plata, la luz lunar, proporcionando una claridad increíble.

Elmer volvió al fuego, sacó la cafetera y colocó algunos leños más. Luego, con la cafetera y dos potes de hojalata, regresó al reducto rocoso.

—¿Siguen portándose bien, Casius? —se interesó irónicamente.

El muchacho sirvió en los dos potes, y tendió uno al tuerto. Los dos bebieron, en silencio. En un auténtico silencio completo, a excepción del chirriar de algunos insectos nocturnos... Elmer regresó junto al fuego, dejó la cafetera y volvió al reducto natural.

—¿Qué hacen los chicos? —preguntó Morrisey.

—Están bien. Impacientes.

—Querrás decir nerviosos —corrigió mordazmente Stoklin.

—Ha dicho impacientes —gruñó Morrisey—. Ya no le diré más que se calle, Stoklin.

—Creí que tenía ganas de conversación.

—Ya no.

—¿También usted está nervioso? —sonrió el pistolero.

—¡Le estamos diciendo que se calle! —explotó al fin Elmer.

Se abalanzó contra Mark, alzando el rifle, y lanzando un tremendo golpe contra la boca del pistolero, que se habría quedado sin dientes si no hubiera apartado rápidamente la cara, protegiéndola con las manos atadas, al mismo tiempo. El golpe le dio en los antebrazos, y lo empujó contra la roca, donde la cabeza de Mark Stoklin resonó fuertemente.

Elmer parecía dispuesto a continuar pegando, pero Diana se tiró contra él como una fiera, y sus uñas se clavaron en el rostro del muchacho, que lanzó un chillido, y, sosteniendo el rifle con ambas manos, lo apoyó en el pecho de ella, y empujó, derribándola contra las rocas. Con la cara llena de sangre, chillando todavía de rabia, Elmer dejó caer el rifle, y saltó hacia Diana. La asió por la masculina camisa de franela, y dio un tirón, para ponerla en pie. Lo consiguió a medias, pues la camisa no resistió completamente; una buena parte de tela quedó en las manos del muchacho, que enseguida miró a Diana, que se tambaleaba, abierta la cazadora de paño, mostrando una blancura cegadora entre los jirones de la camisa.

En cuanto recuperó el equilibrio, se apresuró a abrocharse completamente la cazadora. Dejó de verse aquella blancura inaudita, pero Elmer continuó mirando hacia allí, con los ojos muy abiertos.

—Ya basta de tonterías —gruñó el tuerto—. Y eso va también por ti, Elmer. No debes permitir que los demás te saquen de tus casillas cuando quieran. Ya no repetiré más que esta noche tenemos la oportunidad de conseguir catorce mil dólares, y que todo lo demás puede esperar. ¿Está claro?

Elmer no contestó. En absoluto parecía conforme, pero tuvo que resignarse, de muy mala gana. Se sentó en el suelo, de espaldas a una roca, y se quedó mirando obsesivamente a Diana, que se inclinaba sobre Stoklin, sollozando...

—No ha sido nada... —musitó el pistolero—. Nada, Diana. No te preocupes. Siéntate a mi lado, y esperemos. No podemos hacer otra cosa.

Miró a Elmer, que estaba oliendo el trozo de camisa que él había arrancado a Diana. Y mientras su nariz se dilataba a los efectos de aquel olor presentido ya a sus dieciocho años, pero desconocido a la vez, su mirada continuaba fija en Diana Prayton.

Por fin, se guardó aquel pedazo de tela en un bolsillo de su cazadora, lentamente. Luego, se dedicó a liar un cigarrillo, baja la cabeza, sumido en pensamientos que las otras tres personas podían adivinar muy fácilmente.

De nuevo, en el completo silencio de la noche, se pudo oír con toda claridad el canto de los insectos. También parecía haber cerca una lechuza, que ululaba a intervalos irregulares. Y si había lechuzas, seguramente habría también ratones de campo...

—¡Stoklin! —tronó de pronto la voz—. ¡Mark Stoklin!

Hubo un rebullir silencioso de los muchachos, como un cambio general de posturas, de respiración. No se oyó riada, pero se notó el cambio, como una cosa sutil, invisible.

Stoklin miró a Casius Morrisey.

—Ése es Stan Prayton —musitó—. Quiere hablar conmigo. Está en la ladera de la derecha, a unas trescientas yardas de aquí. Sabe que lo oímos perfectamente.

—Pregúntele qué quiere.

Stoklin asintió con la cabeza, y gritó:

—¿Qué quieres, Prayton?

—¡Hablar contigo y con esa gente! ¡Tengo un trato que ofreceremos!

—Dígale —dictó Morrisey— que venga si quiere, pero que lo haga él solo, y que aparezca con las manos bien altas.

—No propondrá ningún trato bueno para nadie..., excepto para él mismo —aseguró Mark.

—Haga lo que le digo.

—Está bien. ¿Qué más me da a mí una cosa que otra, ya?

CAPÍTULO VI

Stanley Prayton apareció unos minutos después de conseguida la autorización que determinaba una relativa garantía de inmunidad. Llegó a caballo, con las manos en alto, muy despacio. No vio a nadie, pero eso no le alteró. Era lógico que todos estuviesen ocultos, acechándole.

Llegó junto a la fogata, bajó las manos, y desmontó, tranquilamente. Todavía no se veía a nadie cuando dio una palmada a su caballo, apartándole. Era un hombre alto, poderoso, de rostro varonil, pero excesivamente duro, lo cual le restaba una cierta belleza que sin duda debía poseer. Tampoco la negra y espesa barba de varios meses le favorecía en absoluto. En conjunto, y calibrándolo por su aspecto, Stanley Prayton no tenía aspecto más que de una cosa, de lo que era: un forajido.

Miró a su alrededor, entornando sus grandes ojos oscuros, y sonrió secamente al no ver a nadie. Encogió los hombros, tomó un pote de hojalata de junto al fuego, y tras comprobar que la cafetera estaba caliente, se sirvió una generosa ración.

Estaba sorbiendo ruidosamente el café cuando oyó la voz, que no era la de Stoklin:

—Quítese el cinto, Prayton.

El forajido se incorporó, con el pote en la mano izquierda. Era en verdad muy alto; largos los cabellos entrecanos, frondosa la barba, resultaba un tipo impresionante.

—No sean idiotas —gruñó—. He venido a hablar, no a entregarme. ¿Qué les pasa? ¿No pueden comprender que les estoy haciendo un favor?

—Deje caer sus armas —insistió la voz.

Prayton bebió otro sorbo de café, y movió la cabeza negativamente.

—No lo haré.

Y siguió bebiendo café.

—Está bien... Venga hacia aquí. Y le advierto que hay varios rifles apuntándole, Prayton.

Éste dejó caer el pote de hojalata junto al fuego, y caminó hacia el grupo de rocas por entre las cuales había aparecido el cañón de un rifle, y la cabeza de Casius Morrisey. Junto a él, más visible ahora que Morrisey, apareció Elmer, que parecía dedicar más atención a lo que tenía cerca que a Stanley Prayton. Éste llegó al reducto, mirando con indiferencia al muchacho y al tuerto. No mucho más interés demostró en la mirada que dirigió a Mark Stoklin. Pero sí se vio claramente interesada su mirada a Diana, que se acurrucaba junto a Stoklin, mirando con expresión asustada a su padre.

—¿Qué tiene que decirnos, Prayton?

El forajido se volvió hacia Morrisey. Lo miró de arriba abajo, y sonrió despectivamente.

—¿Es usted quien manda aquí?

—En efecto.

—Muy bien. Hemos decidido pasar por alto el asunto de Donovan. Está hecho papilla, pero parece que vivirá... ¿Usted es el tal Casius Morrisey?

Señaló hacia un lado del carro, al cual daba de lleno el resplandor de la fogata, de modo que se podía leer cuanto había escrito.

—Sí. Aunque hace poco que me llamo así. Usted tiene más o menos mi edad, Prayton. Es posible que oyese mi nombre verdadero...

—No me importa quién sea usted, Morrisey. Lo único que quiero es el dinero.

—Yo también lo quiero —sonrió Morrisey.

—Sí... Pero usted no tiene los hombres que tengo yo.

—Cierto. Yo sólo tengo cachorros..., y a su hija, Prayton.

—Ya sé. Y ahí es donde entra el trato que vengo a proponerle. Escúchelo bien, porque no lo repetiré: mi hija y Stoklin se llevaron catorce mil dólares; usted se queda cuatro mil, nos devuelve diez mil y a mi hija y a Stoklin, y siguen su camino en paz.

Morrisey quedó francamente asombrado.

—Bueno... Debo admitir que no es un trato malo, Prayton.

—No quiero matar niños. Me importa una boñiga lo que la gente o la ley piensen de mí, porque sé muy bien lo que soy, Morrisey. Pero no quiero matar niños.

—No son exactamente niños, Prayton.

—¿No? —sonrió despectivamente el forajido—. ¿Qué son?

—Su... amigo Stoklin los ha llamado cachorros. Y me gusta esa palabra. Son mi camada, Prayton. Y le aconsejo que no nos moleste.

Stanley Prayton soltó un bufido.

—¡No sea estúpido, Morrisey! Tengo ahí cerca a cuatro hombres en perfectas condiciones, cada uno de los cuales es capaz de hacer lo que yo pretendo evitar: degollar a todos sus cachorros. Escuche, a mí van a ahorcarme de todos modos, si me atrapan, así que lo mismo me daría que lo hiciesen por haber matado, además, unos cuantos muchachos. Pero yo no quiero hacerlo. Sería una cochinidad de las más cobardes. Y si hay algo que yo no haya sido jamás, es cobarde. No me obligue a asesinar a unos cuantos mocosos.

—Yo no le obligo a nada. Pero pienso quedarme con todo el dinero.

—Morrisey: no me gusta repetir tanto las cosas. Hágame caso. Vaya a su carro a buscar el dinero, o adónde lo tenga, y déjelo, aquí, en mis manos. Luego, nosotros nos iremos.

—El dinero no...

—¿Está loco? —exclamó Stoklin—. ¿Qué piensa decir, Morrisey?

El tuerto se mordió los labios. Dirigió una furibunda mirada a Mark, pero ya había comprendido que su prisionero tenía razón: si decía que el dinero no estaba allí, Prayton y los suyos sólo tenían que volver grupas, seguir la pista de Stoklin y la muchacha a la inversa, y, muy probablemente, encontrarían el dinero allá donde viesan señales de que habían descabalgado para ocultarlo. En cuyo caso, los catorce mil dólares no los vería jamás. No... No podía decir que no tenía el dinero. Debía retener a Prayton y a los suyos allí, a toda costa.

—¿Bien? —masculló Prayton.

—El dinero no se lo daré —susurró Morrisey.

Stanley Prayton movió la cabeza en un gesto de pesar.

—El diablo cargue con ustedes, Morrisey. No hay nada más que hablar.

Iba a dar media vuelta, para marcharse, cuando Diana se puso en pie de un salto, y tendió las manos hacia él.

—Padre, no mates a esos much...

¡Plaf!

La bofetada, de revés, alcanzó a Diana en pleno rostro, derribándola encima de Stoklin. Rojo de ira el barbudo rostro, Stan Prayton la señaló con un enorme dedo sucísimo.

—Contigo ajustaré cuentas más adelante, hija maldita... Lo que has hecho, yo te lo haré pagar. ¡Perra! Matan a tu hermano, y todo lo que haces luego es escaparte con el dinero que le ha costado la vida, con un tipo tan puerco como pueda serlo yo, o cualquiera de mis hombres...

—No... —gimió Diana—. Mark es bueno, padre... Queremos entregarnos, devolver el dinero...

—¡Estás loca!

—Él no había hecho nada así hasta ahora... Como Jim, se ha dado cuenta de que tu camino es peligroso, quiere salir de él ahora que aún está a tiempo... ¡Y yo quiero irme con él, no quiero volver más contigo, con tus asesinos! Padre, te lo suplico: vete. Déjanos en paz, danos esta oportunidad a Mark y a mí... Tú y los otros podéis..., podéis seguir robando y matando... ¡Podéis conseguir más dinero en otro Banco, esto no significa nada para vosotros! Déjanos... Permítenos que vivamos nuestra vida, honradamente, lejos de aquí, de ti, de todo lo tuyo... ¡Sólo te pedimos eso!

—¿Sólo eso? —rió acremente Prayton—. ¿Y qué me dices de los catorce mil dólares? ¡Sois formidables...! Entre todos, jugándonos la vida, como siempre, robamos catorce mil dólares... Un dinero que le cuesta la vida a tu hermano. Y ahora, vosotros queréis ese dinero para empezar a ser honrados... ¡Por todos los demonios, hace falta ser idiota para escucharos siquiera!

—¡Ese dinero no es para nosotros! ¡Queremos devolverlo!

—¡Al diablo con esa idiotez! Ya dijo algo así Donovan, pero creí que estaba delirando... ¿Pretendéis engañarme a mí también?

—No mentimos... Padre, no estamos mintiendo, te lo juro. Si nos entregamos y devolvemos el dinero, serán tolerantes con, nosotros... No murió nadie en el asalto a ese Banco, nos pondrán una condena pequeña, y cuando salgamos...

—¡Cuándo salgáis, tu hermano continuará bajo tierra, pudriéndose!

—¿Por qué dices eso ahora? ¿Acaso aún no has comprendido que fuiste tú quien lo mató?

Stanley Prayton retrocedió un paso, como si hubiera recibido un tremendo golpe en pleno pecho. Su rostro quedó lívido.

—¿Yo? —alentó.

—¡Tú! ¿Cuántas veces te pidió que nos dejases marchar a él y a mí? ¿Cuántas veces te dijo Jim que queríamos irnos los dos de tu lado? ¿Cuántas veces te dijo que dejases a tus hombres? ¿Cuántas veces te ofreció nuestro auténtico cariño, en lugar de nuestro miedo por ti, sólo a cambio de empezar de nuevo los tres, lejos de aquí? ¿Cuántas...?

—¡Cállate!

Diana se había vuelto a poner en pie, y se enfrentaba agresivamente a su padre, excitada.

—¿Por qué he de callarme? —gritó—. ¡Ya no quiero callar más! Jim ha muerto por culpa tuya... Y por culpa tuya también, de un modo u otro, vas a perder a tu hija... ¿Por qué no tengo que decírtelo todo?

—¡Te voy a...!

Prayton alzó de nuevo la mano. Pero esta vez no la dejó caer contra su hija. Quizá porque en esta ocasión, Diana alzó la barbilla, y se quedó mirándole fijamente, plantándole cara; quizá, porque, simplemente, Prayton no quiso lastimar más a su hija. Estuvieron los dos inmóviles unos segundos, ella con la barbilla alzada, y él con la mano lista para descargar el fortísimo golpe. Por fin, Prayton bajó la mano, y se volvió de espaldas a su hija.

Se quedó mirando al tuerto.

—¿Su última palabra, Morrisey? —preguntó roncamemente.

—No le daremos el dinero.

—Entonces, se lo quitaremos a sus cadáveres. Adiós.

Dio un paso, pero la voz de Morrisey le requirió:

—Un momento, Prayton. Aunque no advierto gran interés en usted por saber mi nombre verdadero, quiero decírselo. Usted tiene mi edad, aproximadamente, y sin duda le soñará el nombre.

—Dígalo de una vez y despedámonos.

—Josuah Lukather.

Prayton parpadeó, como desconcertado. De pronto, respingó fuertemente, y su mirada se clavó con un vivísimo interés en Casius Morrisey. Pero, casi enseguida, ese interés fue sustituido por una expresión sarcástica, despectiva.

—Váyase al infierno... Josuah Lukather murió hace veinte años, Morrisey.

—¿Lo vio usted muerto? —sonrió el tuerto.

—No, pero...

—Pero... ¿qué?

—Todo el mundo sabe que Josuah Lukather murió.

—¿Usted se cree todo lo que la gente dice, Prayton? ¿Por qué no mira ahora hacia el cielo? Hágalo, hombre: verá pasar volando una manada de vacas. ¿No me cree? Entonces, ¿por qué cree otras cosas?

El forajido se pasó la lengua por los labios, apartando los hirsutos pelos de la barba.

—Lo cazaron los rurales de Texas, en Vado Lágrimas, cerca de la localidad de Springton... —insistió—. Hace unos veinte años, sí. Uno de los hombres de su banda lo traicionó, lo vendió a los rurales... Lo cazaron como a una rata, lo acribillaron...

—¿Y presentaron su cadáver en el cuartel? —sonrió de nuevo Morrisey.

—No... Dijeron que había caído por Lágrima Falls, al Devils Rivers... ¿Está bromeando? —exclamó de nuevo Prayton—. ¿Pretende decirme que

con varias balas en el cuerpo, y después de caer al Devils por Lágrima Falls, Josuah Lukather pudo conservar la vida?

—Un poco maltrecho... —se tensó la voz de Morrisey—, pero conservó la vida. No fue fácil salir del Devils River, ni la caída por Lágrima Falls, ni curar mis heridas... Conservé la vida, Prayton. Pero vea cómo quedé. No es muy agradable, ¿verdad?

Se quitó el sombrero, y el parche que cubría su órbita vacía. Y a continuación, para asombro de todos, excepto para Elmer, se quitó también la sucia y grisácea cabellera larga, dejando al descubierto un cráneo casi completamente pelado, lleno, de costurones, y con unos pocos mechones de escasísimos cabellos completamente blancos. Diana retrocedió, ocultó el rostro entre las manos y rompió a llorar, aterrada. Mark Stoklin parecía incapaz de tragar su propia saliva. Visto con el parche y la cabellera, Morrisey era ya horrible. Visto de aquel modo, la descarnada verdad era alucinante. Todo lo que podía llamarse rostro en aquel hombre era un ojo rodeado de carne tersa en la mejilla izquierda. Lo demás, era estremecedor. Un puñado de carne, como acuchillada, triturada, machacada... Y aquellos pocos mechones de blancos, blanquísimos cabellos, era el golpe definitivo para inspirar espanto a cualquiera.

—Parece que están impresionados —comentó Morrisey.

—Bien... —musitó Stan Prayton—. No es cosa que se vea cada día, Morrisey.

—Por supuesto. Pero es natural que quedase así. En realidad, debería estar muerto... ¿Se imagina, Prayton, lo que es caer por Lágrima Falls al Devils River, con cuatro balas en el cuerpo, acosado como una fiera? ¿Puede imaginarse lo que es abrir un solo ojo en una orilla fangosa de un río, y no ver más que cielo y sol..., y buitres? Y querer mover un brazo sólo para darnos cuenta de que está roto por tres sitios, y que una pierna está dislocada, y que con un ojo no vemos, que el pecho parece aplastado por miles de toneladas de roca... Y estar así, un día, dos, tres..., para luego arrastrarnos como una alimaña, clavando las uñas en la tierra... No... Nadie puede imaginarse eso, Prayton... Nadie, excepto yo, Josuah Lukather. ¿Le dice algo el nombre de Burt Gibson?

—Hummm... Sí... Sí, desde luego: fue el hombre que traicionó a Lukather y su banda... ¿No?

—En efecto. ¿Sabe qué fue de él?

—Bueno... —Stan Prayton estaba lívido—. Lo encontraron un año después, colgado de un roble, cabeza abajo... Bueno, es un decir... No tenía

cabeza, y...

—Yo le diré cómo encontraron a Burt Gibson: colgando cabeza abajo de un roble, con los brazos rotos, las manos cortadas, todo el pecho despellejado a latigazos y quemado, la cabeza en el suelo, junto a él; y junto a la cabeza, los ojos y la lengua de Burt Gibson. ¿No fue así como lo encontraron?

Prayton asintió con la cabeza, impresionado profundamente.

—Dijeron que habían sido... algunos de los hombres de la banda de Lukather, que habían conseguido escapar de los rurales...

—No. No escapó nadie. Ni siquiera mis dos hermanos, Robert y Roscos. Todos murieron, Menos el traidor y yo, naturalmente. Allí se acabó la banda más grande y poderosa que jamás ha habido en Texas. Sólo yo quedé vivo. ¿Adivina ahora quién lo hizo todo eso con Burt Gibson, un año más tarde?

—Es fácil comprenderlo: usted.

—Efectivamente. Para entonces podía ya valerme por mí mismo. Me juré que jamás formaría otra banda, porque sabía que no podría confiar en nadie. Cambié mi nombre, y durante unos años, anduve por las montañas, escondiéndome, antes de tener preparado mi plan de venganza...

—Pero si ya había matado a Burt Gibson...

—¿Y los rurales? ¿Acaso no tengo derecho a vengarme de los rurales de Texas?

—Eso ya es más difícil, ¿no? —sonrió secamente Prayton.

—No... No es tan difícil, Prayton, no... Escuche mi plan... Es interesante. Yo sé que no puedo fiarme de nadie, pero sí de mis cachorros, de mi camada. Elmer —lo señaló—, lleva conmigo casi doce años. Lo encontré tirado en un camino... Eso no importa. Los demás, llevan cuatro años el que menos, y nueve el que más después de Elmer. La idea fue brotando en mi mente. No podía confiar en nadie, pero sí en mis propios cachorros. Así que cada vez que encontraba un niño solo, sin familia, enviaba a Elmer a por él, hablaban... Y Elmer lo traía. Así, he reunido mi pequeña camada. ¿Qué cree que estoy haciendo con ellos?

—No sé.

—Los estoy entrenando. Con paciencia. En realidad, en teoría, ellos saben ya lo suficiente para hacer frente a un escuadrón de rurales. No sonría, Prayton... Lo comprobará usted mismo cuando decida atacarnos, si es que es tan loco. Se dará cuenta de eso, se lo aseguro... Los he entrenado a todos concienzudamente... Por el momento, son demasiado jóvenes para exigirles la perfección que tenía Josuah Lukather. Pero dentro de cuatro o cinco años, mis cachorros serán lo bastante grandes para que cada uno de sus zarpazos sea

mortal... Y entonces, los rurales de Texas volverán a oír el nombre de Josuah Lukather, y se hablará de su banda. Su banda de seis hombres. Sólo seis, pero fieles, peligrosísimos, entrenados especialmente por Lukather... Si mi primera banda era temida, ésta causará terror... ¿Se imagina lo que puede significar esto, Prayton? Cuando mis chicos entren en un Banco, o donde sea, sólo con decir que son los hombres de Lukather tendrán todo resuelto. La gente se echará a temblar. Y yo podré ganar tanto dinero, que construiré mi propio imperio, en México... Mi camada jamás podrá ser vencida, y el nombre de Josuah Lukather volverá a sonar, volverá a oírse musitado con terror... Y esta vez, nadie me traicionará, porque yo habré enseñado a esos muchachos a serme fieles, a depender exclusivamente de mí... Yo seré quien les dirá cómo deben robar un Banco, o un tren, o una diligencia, o una casa de juego... Mi camada será fiel, invencible...

—Los rurales ya acabaron una vez con Lukather —musitó Stanley Prayton—. Lo harán de nuevo. Por mucho que se esconda...

—¿Esconderme? ¡Pero si ésa va a ser la mejor parte de mi plan, eso es lo que más va a hacerme disfrutar...! Lo que haré será todo lo contrario: seré yo quien le dará informes a algunos rurales sobre el lugar donde pueden encontrar a Josuah Lukather. Y cuando lleguen, mi camada los estará esperando, los mataremos a todos, los colgaremos cabeza abajo y les cortaremos la cabeza a todos, y les sacaremos los ojos... ¡Eso es lo que pienso hacer con todos los rurales de Texas! ¡Con todos! ¡Pero si eso es precisamente lo que más deseo! Todo lo que robemos será para mis muchachos. Yo me conformaré con cabezas de rurales... ¿No lo comprende? ¡La banda más poderosa de Texas, la banda de Josuah Lukather, nuevamente en marcha, nuevamente robando miles, cientos de miles de dólares...! Y como único rastro..., ¡rurales decapitados, colgados cabeza abajo en los árboles del camino de Josuah Lukather! Y esta vez, nadie me traicionará... ¡Nadie! Mis cachorros serán fieles... ¡Siempre fieles a mí, siempre haciendo lo que yo diga, siempre actuando como yo les estoy enseñando...! ¡Nadie podrá vencerlos!

—Prayton... —rechinó la voz de Mark Stoklin—. Prayton, mate a este loco... ¡No deje que siga vivo ni un segundo más!

Stanley Prayton estaba casi tan impresionado como Stoklin, pero no se movió. Además, Elmer había retrocedido un paso, y su rifle quedó apuntando al pecho del padre de Diana.

—Atrévase a intentar algo contra Casius —deslizo fríamente el muchacho.

—¿Lo ve? —rió el tuerto monstruoso—. ¿Se da cuenta, Prayton? ¡Ya no tendré traidores cerca de mí! ¡Por el contrario, mi camada moriría por mí, si fuese necesario! Y usted lo comprobará si me ataca... Los matarán a todos, Prayton.

—No dudo que eso pudieran conseguirlo dentro de unos años, Lukather. Pero no ahora... —miró hacia los muchachos esparcidos entre las rocas, alrededor de las fogatas, y que se habían vuelto para escuchar más cómodamente las excitadas explicaciones de Casius Morrisey—. No. No todavía, Lukather. Son unos niños. No resistirían nuestro ataque.

—¡Ya lo veremos! Usted ataque... ¿Me oye? ¡Le exijo que usted y sus hombres nos ataquen! Quiero saber ya si mis cachorros están listos para todo... Les he enseñado a disparar, a atacar, a defenderse de un ataque, a buscar siempre la mejor oportunidad... Pero nunca han disparado contra seres vivos..., contra seres humanos vivos... ¡Quiero que usted y sus hombres nos ataquen, Prayton! ¡Quiero ver si mis cachorros valen tanto como ha valido mi esfuerzo con ellos!

Prayton volvió a mirar hacia el círculo de muchachos. Volvió a mover la cabeza negativamente.

—No podrán detenernos, Lukather. Piénselo. Mi trato...

—¡No me importa su trato! ¡Quiero que nos ataquen! ¡Y se van a enterar de lo que son capaces mis cachorros! ¡Yo los he entrenado...! ¡Yo, Josuah Lukather! ¡Quiero que nos ataquen...!

—Pues será complacido. Pero se lo advierto: sus chicos no serán capaces de disparar contra personas. Son demasiado jóvenes... Sea sensato, Lukather.

—Márchese... ¡Márchese ya de aquí! ¡Y ataquen cuanto antes!

Stanley Prayton miró de reojo a su hija, que se había encogido de nuevo junto a Mark Stoklin. Volvió a mirar al monstruo, y tras un profundo suspiro de resignación, aprobó con la cabeza:

—De acuerdo, Lukather: le atacaremos. Y bien pronto.

Salió del reducto de rocas, y fue hacia la fogata, cerca de la cual estaba su caballo. Oyó la risa de Casius Morrisey, pero no hizo el menor caso. Sin duda, porque no pudo oír las palabras que le dirigía a Elmer:

—Elmer, él dice que no sois capaces de disparar contra una persona... ¡Demuéstrale lo contrario!

—Sí, Casius —sonrió el muchacho.

Se echó rápidamente el rifle a la cara, apuntó ni siquiera durante medio segundo, y apretó el gatillo.

CAPÍTULO VII

Stanley Prayton recibió el balazo en la espalda, justo a la altura del corazón. Fue un impacto brutal, tanto por la potencia del rifle como por la proximidad en que había sido disparado. Prayton salió despedido violentamente hacia adelante, todavía actuando sus piernas como un freno, como si se resistiesen a doblarse. Pero acabó por dar la vuelta sobre sí mismo, por encima de la fogata, y cayó de bruces al otro lado.

Ni siquiera se movió ya.

El disparo ocasionó gran inquietud entre los caballos de la camada de Casius Morrisey, y una tensa agitación entre los muchachos mismos. Elmer y Morrisey reían. Mark Stoklin había palidecido una vez más, y aunque no veía nada por estar sentado, sabía muy bien lo que había pasado...

La última persona en reaccionar, en comprender la verdad de lo sucedido, fue Diana Prayton. Primero pareció petrificada, pero, súbitamente, se puso en pie, con un salto crispado.

—¡Padre! —chilló.

Ni siquiera el inquieto y vigilante Elmer pudo impedir que la muchacha saliese del reducto rocoso. Pasó por su lado velozmente, y apareció en la pequeña zona llana, donde estaba la fogata. Corrió hacia su padre, y cayó de rodillas junto a él. Con todo cuidado, le dio la vuelta... Pero no hacía falta tener cuidado. Diana se quedó mirando los desorbitados ojos de su padre. Tan abiertos, tan negros, tan brillantes.

—Padre... Padre...

Lo único que oyó fue la risa de Elmer. Pero como una cosa lejana, irreal, como una pesadilla. Entendía y no entendía las cosas, lo que estaba sucediendo. Lo sabía y no lo sabía. La realidad se mezclaba brutalmente con sus insistentes pensamientos de que aquello no podía ser cierto. Pero poco a poco, la risa de Elmer fue quedando, como único sonido a su alrededor, como único signo de vida.

Alzó la cabeza, volviéndola, para mirar al muchacho. Estaba asomando la cabeza y los hombros por entre las rocas, y reía de verdad, con ganas. Lo

estaba pasando muy bien. Atónita, Diana Prayton se encontró pensando que, contra lo que siempre había creído, su padre no era el hombre más malo del mundo... No. Todavía quedaban otros seres mucho peores. Infinitamente peores. Recordó algunas de las últimas palabras de Stanley Prayton. Ella le había oído decir claramente que no quería matar niños. ¿Qué significaba eso? ¿Qué podía haber significado sino que todavía quedaba algo bueno en el corazón de Stanley Prayton? Y precisamente entonces, cuando ella lo comprendía, cuando quizá podía habérselo hecho comprender a él, una bala, una sola bala, ponía punto final a todo.

—¡Hey! —tío Elmer—. ¿Qué tal mi puntería, Diana? ¿Buena?

El horror, la pena, el espanto más absoluto tenían congelada a la muchacha. Movi6 los labios, pero no brotó ni una sola palabra entre ellos. Nada. Tenía la garganta seca, petrificada, muerta.

En el reducto rocoso, Morrisey estaba mirando malignamente a Mark Stoklin.

—Diga, Stoklin: ¿qué le ha parecido mi cachorro primero?

—¿Ha matado a Prayton? —susurró el pistolero.

—¡Naturalmente! ¡De un solo balazo! ¿Qué esperaba?

—¿Yo? Nada... Quizá, un poco más de inteligencia por su parte, Morrisey... O Lukather, como quiera que se llame. ¿Se da cuenta de lo que ha hecho? ¿Se da cuenta de lo que va a pasar ahora?

—No sé... Explíquemelo.

—Con mucho gusto, tuerto asesino: han matado a Stanley Prayton. Y eso quiere decir que ya no habrá nadie que contenga a los cuatro hombres que quedan alrededor nuestro. Con Prayton vivo, quizá no habrían atacado, por temor a que le ocurriese algo a Diana. Pero, muerto el padre, a los demás no les importará lo que le ocurra a ella. Sólo van a sentir interés por los catorce mil dólares... El que usted o sus cachorros maten a Diana les tendrá sin cuidado, así que atacarán con todas sus fuerzas, para recuperar el dinero, caiga quien caiga.

—¿Eso cree que harán?

—No me diga que no supo comprenderlo antes.

—¡Precisamente eso pensé! ¡Y por eso mismo he ordenado a Elmer que matase a Prayton! ¡Pero si, lo que yo quiero es que nos ataquen! Quiero saber ya si mi camada está lista... Hasta ahora, sólo han disparado contra piedras o animales, no se han visto en ningún apuro auténtico... Y yo creo que ya va siendo hora. Éste es un magnífico momento para saber qué puedo esperar de mi camada. Si pasan esta prueba, querrá decir que he triunfado.

—Usted me da pena... —tragó saliva Stoklin—. Una gran pena, Morrisey. Está perturbado completamente. Por el amor de Dios, ¿no puede comprender que cuatro forajidos como los que tenemos cerca van a destrozarnos a sus muchachos?

—¡Eso habrá que verlo! ¡Cuándo ataquen...!

—¡Casius! —se oyó la voz de Roy—. ¡Algo le pasa a Jerry!

El tuerto se volvió velozmente hacia el exterior del reducto. Vio aparecer a Jerry, el peor tirador del grupo, caminando torpemente hacia la fogata. Parecía borracho. De pronto, cayó de rodillas, dejó caer el rifle, y se llevó ambas manos al vientre. A la luz del fuego y de la luna, su rostro tenía una tonalidad extraña.

—¡Jerry! —llamó el tuerto—. ¿Qué te pasa?

El muchacho volvió la Cabeza, y, de súbito, su boca se abrió violentamente, comenzando a vomitar con tal intensidad que parecía imposible.

—¡Jerry! —aulló Morrisey—. ¡Vuelve a tu puesto!

El muchacho no le hizo el menor caso; Realmente, ni siquiera le había oído. Continuó vomitando, de un modo tan atroz, que Diana, casi mareada, se alejó corriendo de allí, para reunirse con Stoklin en el reducto de rocas, asomados a las cuales estaban Morrisey y Elmer. En el gran silencio, sólo se oían las violentísimas arcadas del muchacho...

—Está vomitando, Morrisey... ¿no es así? —dijo Stoklin.

El tuerto se volvió como una fiera hacia el pistolero.

—¡Cállese de una vez, o le voy a matar, Stoklin!

—Hágalo. Será seguramente la muerte más cara de su vida: catorce mil dólares, Morrisey. ¿Por qué no ayuda alguien a ese muchacho? Se va a morir de náuseas si alguien no hace algo por él. Apuesto a que es la primera vez que ve matar a un hombre. Muchos ejercicios de tiro, muchas teorías, mucho entrenamiento... Pero la verdad de la muerte es algo más difícil de soportar, Morrisey. ¿Usted no lo sabía?

El tuerto le volvió la espalda.

—¡Johnny! —llamó—. ¡Johnny, saca a Jerry de ahí, y dale agua a lo que él quiera! ¡Pero sácalo de ahí, que no vomite más!

—¡Voy, Casius! —replicó en el acto la infantil voz de Johnny.

Apareció enseguida al resplandor de la hoguera, corriendo hacia su hermano de camada, justo cuando Jerry caía de bruces, posiblemente desvanecido al fin.

Y todavía estaba corriendo Johnny hacia Jerry cuando sonó la descarga de rifles.

El muchacho dio un sensacional salto en el aire, cayó de espaldas, se sentó primero, y luego se puso en pie, con las manos en el vientre. Las apartó, las miró, y las vio empapadas en sangre.

—Casius... —llamó—. ¡Casius, me han matado...! ¡Estoy muerto!

Morrisey lanzó una maldición. Elmer tenía el color de un cadáver de varios días, y, desde luego, había dejado de reír. Su rostro estaba desencajado, como desarticulado de un modo grotesco, increíble.

Sonaron varios disparos más antes de que nadie pudiese reaccionar, y Johnny dio otro fenomenal salto. Las balas de rifle eran demasiado para él... Demasiado para cualquiera, pero mucho más para él, pequeño, delgado, ligero como una pluma... Fue sacudido por dos veces en el aire antes de caer de bruces junto a la hoguera. Y en el breve silencio que siguió se oyó, con una claridad escalofriante, la voz del pequeño cachorro:

—Mamá... Ma... má...

Una nueva descarga agitó al desvanecido Jerry, que no se enteró de nada. Y nunca jamás se enteraría ya de nada de nada.

—¡Los han matado! —chilló una aguda voz juvenil—. ¡Los han matado a los dos de verdad! ¡Los han aayygg...!

Peter, el de catorce años, salió como volando hacia atrás, saltando como si tuviese resortes sorprendentes. Cayó casi encima de Johnny, y eso fue todo.

—¡Casius! ¡Casius, diles que no disparen más...! ¡DILES QUE NO DISPAREN MAS! ¡YA NO MAS! —se oyó otra voz.

El tuerto estaba como alucinado, atontado, incrédulo.

—Morrisey... —casi gimió Stoklin—. ¡Morrisey!

Se volvió hacia el pistolero, y lo vio dando tirones a las cuerdas que lo sujetaban.

—No se mueva... —jadeó—. No se mueva o...

—Suélteme... ¡Suélteme, estúpido canalla, maldito...! ¿No comprende todavía la verdad? ¡Son niños, son cachorros..., solamente cachorros!

—Les he enseñado... Les he enseñado bien... ¡Han sido sorprendidos, eso es todo! Elmer —se volvió—: ve a ocupar el sitio de Peter. Y vigila bien, que no se acerquen más. Diles a los otros... ¿Por qué me miras así?

—No... N... n... ri... no, Ca... Casius, no... ¡No me hagas salir de aquí! ¡No quiero salir de aquí! —aulló Elmer.

—¡Te digo que vayas con tus compañeros!

—¡No puedo!

—¡Eres el mayor, tienes que hacerlo, tienes que ir allá, a decirles lo que tienen que hacer...! ¡Ve con ellos!

—¡Casius, no puedo!

—¿Por qué no puedes?

—Me... me van a matar... ¡Tengo miedo!

De nuevo pareció atónito Casius Morrisey. Como si acabase de recibir la más inesperada de las afrentas.

—¿Tienes... miedo?

—Sí... ¡Sí!

—Mentira... No es posible... ¡No puedes tener miedo! ¡Te he dicho mil veces que no se ha de tener miedo, Elmer! Eres el mayor, el más fuerte, el más peligroso... ¡No puedes tener miedo tú!

—Yo... yo... yo... yo... yo... lo tengo... ¡Lo tengo!

—¡Sal ahí fuera y haz lo que te digo!

—Casius, no me obligues... ¡Por favor, no me obligues...! ¡No quiero hacerlo, no quiero...!

—¡Te digo que salgas! ¡Obedece mis órdenes! ¡Sal ahí...!

Elmer comenzó a retroceder, hacia la salida, temblando en sus manos el rifle. De pronto, lo encaró firmemente hacia Morrisey, y apretó el gatillo. El tuerto recibió en el vientre el balazo, desde una distancia inferior a seis yardas. Salió disparado hacia atrás, chocó de espaldas contra las peñas, y cayó de rodillas. Se llevó las manos al vientre, las contempló luego un par de segundos, llenas de sangre, y cuando de nuevo alzaba la mirada de su único ojo hacia Elmer, cayó de lado, silenciosamente.

Stoklin miró vivamente al muchacho, y estuvo a punto de gritar de alegría cuando lo vio caer de rodillas, soltando el rifle. Se encogió en un hueco rocoso, y comenzó a gemir. Parecía querer fundirse con la roca, desaparecer... Alrededor de ellos seguían sonando disparos, pero parecía que, pasada la sorpresa inicial, el terrible desconcierto de auténtica muerte, los cachorros habían sabido cobijarse, proteger sus cuerpos, sus vidas...

—Diana, desátame... ¡Pronto!

La muchacha comenzó a tirar de las cuerdas que sujetaban las manos de Stoklin. Las suyas temblaban tanto que las cuerdas se le escapaban o rompían las uñas... Consiguió su objetivo, sin embargo, y Mark se desató rápidamente los pies.

Cogió el rifle de Morrisey, sin mirar siquiera a éste, y se deslizó hacia donde estaba Elmer.

—Ve a buscar a tus compañeros, Elmer... No, será mejor que los llames. Diles que... ¡Elmer!

El muchacho no le hacía el menor caso. Tenía edad para pelear, para llevar revólver, quizá. Pero de pronto, la realidad había caído sobre él como una mole aplastante, terrible. De las enseñanzas, se había pasado a la realidad. A la verdad de matar o morir. Y ahora, en los ojos del muchacho aparecía todo, en imágenes, con una realidad que le hacía gritar de espanto... Ni siquiera sabía qué hacía cuando disparó contra la espalda de Stanley Prayton. Tampoco cuando disparó contra el vientre de Morrisey... En realidad, no había sabido nada, porque las palabras, palabras son, y la Muerte no tiene nada que ver con ellas. Y ahora, gimiendo, con los ojos cerrados, veía a Stanley Prayton saltando, con una bala en el corazón, y a Morrisey, con las manos llenas de sangre...

—¡Elmer! ¡ELMER!

Se sintió sacudido furiosamente, sus dientes crujían, los ojos le dolían... Los abrió, y vio ante él aquel rostro duro y áspero, de ojos relucientes.

—Llama a tus compañeros... Tienes que hacerlo, o los van a matar... ¿Me entiendes? ¿Me oyes, Elmer?

—Sí... Ssssí...

—Diles que vengan aquí, pero no cruzando el claro dónde está el fuego. Aunque les parezca de momento más peligroso, será mejor para ellos que den la vuelta, evitando esa luz. ¡Vamos, diles eso! ¡Díselo, idiota!

Lo asió por la camisa, y lo sacó del hueco, colocándolo de bruces sobre las rocas altas. Ya no se oían disparos, y la voz de Elmer, chillona, temblorosa, tuvo que ser oída fácilmente por sus hermanos de camada. Stoklin le hacía señas a Diana, indicándole que se cobijara en un hueco. No miraba a ningún sitio determinado; sólo sus orejas parecían moverse, orientarse, como las de una fiera, buscando el sonido allá donde se produjese. Elmer dejó de gritar, y el silencio cayó bruscamente sobre el lugar, como algo tétrico, temible, sobrecogedor.

—Mark... —susurró Diana—. Diles que les vamos a dar el dinero. Diles...

—No. No, Diana... Sonora está todavía vivo. Él no se conformará con el dinero. No hay tregua posible. Si nos rendimos, te llevarán con ellos, después de matarnos a los demás. Y no seríamos nosotros los más perjudicados, sino tú. Ya no existe tu padre, ni tu hermano... Ni siquiera existiría yo cuando te pusieran las manos encima... Han estado esperando esto mucho tiempo.

—Podríamos convencerles...

—No. Es inútil. Ahora, saben que pueden conseguir algo más que el dinero. Y ya no está Stanley Prayton para contenerlos.

—Dios mío.; Dios mío...

—Sólo Él puede salvarnos, Diana. Pero me pregunto si yo tengo derecho a pedírselo. He seguido un camino que tenía que terminar aquí, o en otro sitio como éste. Era lo lógico. Sería necio por mi parte quejarme ahora.

—Pero estás... Tú quieres... Tú quisieras vivir de otro modo, empezar de otro modo...

Mark Stoklin se echó a reír amargamente.

—¿A quién puedo decirle eso ahora? ¿A Sonora? ¿A Spike, que me considera un maldito traidor? ¿A Wynn, a Donovan, a Kake...? ¿A cuál de ellos?

—No es justo... ¡No es justo, por Dios...!

—Es completamente justo, Diana. Hay muchos caminos para elegir, pero sólo uno es bueno. Y precisamente ese camino es el que tenemos más a la vista, delante mismo de nosotros. No busquemos disculpas ahora. Nadie nos ha engañado. Al menos, a mí. Siempre supe cuál era el camino bueno, el tranquilo, el amable camino. Y lo desdeñé. Lo que me pase ahora, a mí y a otros como yo, es sólo... una consecuencia inevitable. Hay leyes que le obligan a uno a ser bueno, pero no sé de ninguna ley que obligue a ser malo. Por tanto, yo no puedo culpar a nadie.

—Hablas... como si pensaras dejarte matar...

—No tanto. Sólo te estoy diciendo que todo aquello que me suceda, será exclusivamente por mi culpa. Me lo habré ganado.

—Pero no eres malo, Mark... Lo que tú quieres ahora...

—¡No importa lo que yo quiera ahora, sino lo que he querido o hecho hasta ahora! Nadie lamentará mi muerte... Si después de que me maten yo fuese a protestar a algún sitio, me dirían que no se admiten reclamaciones... ¡Y yo lo entendería! ¡No quiero hablar más de esto!

Se volvió como un relámpago, alzando el rifle, pero lo desvió enseguida al ver a uno de los muchachos, que llegaba arrastrándose. Fue hasta él, lo asió de un brazo y lo tiró rudamente dentro del recinto rocoso.

—Tú eres Mike, ¿no? ¿Quién falta?

—Roy. Los demás..., los demás...

—Sé lo que les ha pasado a los demás. ¿Te sientes con ánimos para empuñar un rifle?

Mike se lo quedó mirando fijamente, y el pistolero soltó un gruñido. Había comprendido.

—Está bien, cachorro. Siéntate por ahí, bien escondido, y no asomes la cabeza para nada. Ni molestes... ¿Entiendes?

—Sí... Sí, señor...

Dirigió una lastimera mirada al tuerto, que todavía gemía, muy débilmente. Aún no se había vuelto a colocar la cabellera y el parche, de modo, que su aspecto era simplemente aterrador. Mike fue a sentarse cerca de Elmer, y quedó silencioso. Cuando miró a Stoklin, éste lo estaba mirando, a su vez.

—¿Cuántos años tienes? —gruñó.

—Quince.

Stoklin soltó un resoplido. A los quince años se le pueden exigir ciertas cosas a un muchacho. Incluso responsabilidades serias, si no hay más remedio. Pero de eso a esperar que mate con la misma alegría con que acierta una piedra a veinte pasos, o un cuervo en pleno vuelo, hay una diferencia aterradoramente.

Roy, el último que quedaba apareció apenas un minuto más tarde, con las manos sangrantes de tanto arrastrarse por entre las rocas. Estaba tan pálido, que cabía preguntarse si tenía sangre en el cuerpo. Alzó la cabeza, y se quedó mirando a Stoklin, que lo contemplaba con el ceño fruncido. Luego, sin más, el muchacho se deslizó hacia donde estaban sus dos compañeros. Los tres se quedaron inmóviles, con los ojos muy abiertos, como hipnotizados. Eran un triste trío a la luz de la luna.

Se dio cuenta, de pronto, de que Casius Morrisey había dejado de gemir. Se acercó a él, le tomó una mano, y luego puso una mano sobre el corazón. Adiós. Hasta nunca. Fin. Sonriendo secamente, el pistolero metió una mano en el bolsillo que ya sabía y sacó los cigarros que quedaban allí. Encendió uno, y se volvió, con aire socarrón, a los cachorros supervivientes.

—¿Queréis fumar? —ofreció.

Pareció que ni siquiera le habían oído. Encogió los hombros, se guardó los demás cigarros, y recogió todas las armas, asegurándose de que estaban debidamente cargadas. Por fin, se sentó en una roca, colocó el rifle sobre sus muslos y dirigió una bonachona mirada a su alrededor.

—Os voy a pedir un favor, pequeños —sonrió al fin—. Si salís de ésta, decid que Diana Prayton y Mark Stoklin querían entregarse y devolver el dinero robado en el Banco de Sheffield. ¿Os acuerda...?

Dio de pronto un salto en la roca, saltando a otra. Casi al mismo tiempo, sonaban varios disparos en torno a él, y algunas balas rebotaron en aquella roca. Y simultáneamente, con la seguridad del cazador adulto, Mark Stoklin

comenzó a disparar moviendo velozmente la palanca de carga del «Winchester». Fueron doce disparos velocísimos, casi como uno solo, mientras el pistolero giraba sobre sus pies, de modo que las balas se repartieron en un completo círculo cuyo centro era él mismo. Tiró enseguida aquel rifle, cogió otro, y aún disparó cuatro o cinco veces más. No era conveniente que pensaran que tenía que perder tiempo en recargar el rifle...

Y al mismo tiempo que sus dos últimos disparos, al otro lado de la fogata, se oyó un alarido agudísimo. Stoklin se arrodilló inmediatamente sobre la roca, y apuntó hacia allí... Vio aparecer al hombre, y una dura sonrisa apareció en sus labios, como complacido por los traspiés de su enemigo.

—¡Sonora! —gritó—. ¡Encantado de verte!

¡Crack!

Disparó otra vez, y el mexicano Sonora lanzó otro grito, saltando bajo el formidable impacto de la bala. Ya no se movió más... Ni volvería a moverse.

Mark Stoklin se echó a reír, se deslizó por la roca y recogió el cigarro que había estado fumando. Le dio un par de chupadas, y sonrió beatíficamente.

—Qué bien... ¡No se ha apagado! ¿De verdad no queréis un cigarro? ¿Tú, Elmer?

—No.

—Muchacho..., ¡pero si ya eres un hombre! ¿O no?

—Quiero irme de aquí.

—¿De veras? Vaya, es una buena idea, lo admito. Sólo que... ¡Agacha la cabeza, estúp...!

¡Crack!

Esta vez el disparo sonó fuera del reducto. Elmer ni siquiera gritó. Se había puesto en pie sobre la roca, y todo lo que hizo a continuación, fue saltar hacia adelante, dando una vuelta en el aire. Cayó de cara al cielo, a la luna, a las estrellas, y así quedó, con la cabeza llena de sangre, los ojos abiertos, la boca torcida... Diana se llevó las manos a la boca. Mark Stoklin estuvo unos segundos mirando el cadáver del muchacho. De pronto, se quitó el cigarro de entre los dientes, y lo tiró, rabiosamente al suelo, poniéndose en pie.

—¡Spike! —gritó—. ¡Venid de una vez, y terminaremos el asunto! ¡Os estoy esperando!

No recibió respuesta.

Pero a los pocos segundos, todavía a bastante distancia, oyó el galope de varios caballos, acercándose rápidamente.

Y desde luego, no pertenecían a nadie de la banda de Stanley Prayton.

CAPÍTULO VIII

Diana tenía los ojos fijos en él cuando la miró, pero Mark se encogió de hombros.

—Puede ser cualquiera —musitó—. Pero sea quien sea, le resultaría muy conveniente no meterse donde no le llaman. Desde luego, no será nada bueno para nosotros... Por la sencilla razón de que nosotros no podemos esperar nada bueno de nadie. Absolutamente de nadie.

Se colocó de espaldas a una de las rocas, atenta la mirada. Era muy poco probable que pudieran sorprenderlo a él, que hacía muchos años que había dejado de ser un cachorro. Lástima... Una verdadera lástima, porque si ahora fuese un cachorro, todavía estaría a tiempo de cambiar su camino. A un cachorro le creerían, le darían una oportunidad. A él, ninguna...

Se encogió instintivamente al oír los disparos. Apercibió el rifle, mirando velozmente de un lado a otro, pero pronto comprendió que, fuese lo que fuese lo que estaba ocurriendo, no tenía nada que ver con él, de momento. Aquellos jinetes que había oído llegar estaban ya muy cerca, y eran los que disparaban. Sonaron, otros disparos, mucho más cerca... En pocos segundos, alrededor del reducto de rocas se organizó un feroz tiroteo. La noche se llenó de fogonazos, de gritos, de galopadas... Algunas balas rebotaron contra las rocas, pero era fácil evitarlas. Sólo había que encogerse..., y esperar que pasase aquella inesperada tormenta. Inesperada y desconcertante.

Duró apenas tres o cuatro minutos. Luego, el silencio completo otra vez; tan completo, que ni siquiera se oía el chirriar de los insectos nocturnos. Hasta ellos debían estar asustados.

Y finalmente, las pisadas de algunos caballos, al paso, muy cerca... Cada vez más cerca. Atentos los oídos, Mark Stoklin volvía la cabeza de un lado a otro, tensos todos los músculos... Eran cinco jinetes, y llegaban por otros tantos puntos distintos. No comprendía nada, pero sabía que de la banda quedaban cuatro hombres, contando a Donovan: éste, Wynn, Kaye y Spike. Si estaban tramando...

—¿Hay alguien ahí? —tronó de pronto una voz.

Stoklin se deslizó rápidamente por entre dos rocas, y sacó por la juntura el cañón del rifle. Ni mucho menos estaba tan loco como para contestar. Casi le dolían los ojos, por la intensidad con que miraba hacia aquella parte. Algo más lejos, oyó más pisadas de caballos...

Y de pronto, un jinete apareció, magníficamente visible a la luz de la luna. Cuando se acercó más, la luz de la fogata brilló, en tono rojo, en algo que aquel hombre llevaba prendido en la cazadora. En algo metálico, que parecía refulgir como una lejana e intensa brasa.

—Rurales de Texas... —dijo aquella potente voz—. Es mejor que salgan todos.

Mark Stoklin cerró los ojos, y se dejó resbalar por las rocas, hacia el interior del reducto. Diana se abrazó a él, crispada, temblorosa.

—Mark... ¡Mark, son los rurales...!

De pronto, Mark Stoklin se echó a reír. De un modo extraño, agudo, burlón.

—Lo sé... —exclamó—. Ni más ni menos que los rurales de Texas. ¿Alguien podría creer que nos alegramos de esta visita, Diana?

—Podemos decirles todo lo que ha pasado, ellos comprenderán, nos llevarán adonde podrán juzgarnos con benevolencia...

—Claro... Claro, Diana.

—Mark... No crees que lo hagan, no crees que nos traten bien...

—¿Por qué no? —continuó riendo Stoklin, sarcástico—. ¡Una vez tuve repóquer de ases...!

Tiró el rifle, con gesto huraño, y asió el brazo de la muchacha. Cuando salieron a la luz de la fogata, sabía que llevaban tras ellos a los dos cachorros que habían quedado de la camada.

El jinete de la placa, en el pecho los vio enseguida. Detuvo su caballo, y movió el rifle hacia allá. Se quedó inmóvil, mirándolos acercarse a la fogata. Y así se quedó, tan silencioso como ellos, hasta que aparecieron cuatro jinetes más, por distintos lados, en efecto. Uno de ellos parecía a punto de caer del caballo, y su rostro se veía muy blanco, mucho más que los de sus compañeros. Llevaba la mano izquierda metida bajo la cazadora, y Stoklin supo enseguida que tenía una bala en el cuerpo.

Uno de sus compañeros fue a ayudarlos a desmontar. Lo llevó junto a la fogata, y allá, sus placas relucieron aún con más fuerza. El primer jinete, y el de su izquierda, continuaban mirando muy atentamente a los dos cachorros, y a Mark y Diana.

—¿Quiénes son ustedes? —preguntó de pronto.

Mark Stoklin se echó a reír, sorprendiéndolos a todos.

—Dos muchachos, una mujer y un granuja... —dijo—. El granuja soy yo, rural. ¡Quieren café! Creo que debe quedar un poco.

Los dos rurales todavía montados cambiaron una mirada. Uno de ellos desmontó, se acercó al grupo y se aseguró de que no llevaban armas. El otro desmontó entonces, tras enfundar el revólver. Lo primero que hicieron fue interesarse por el estado de su compañero herido, que el otro estaba examinando.

—¿Cómo está eso, Boyd?

—Bien, señor. Quiero decir que no tiene importancia.

—Estupendo. Ocupate de vendarle bien... ¿Seguirás con vida, Kirk? —le sonrió al herido.

—Mi novia se enfadaría conmigo si me muriese, señor —sonrió el herido.

—¡Formidable! Veré si te encuentro algo de *whisky* en ese carro. Tom, Alex, id a recoger esos cadáveres y los caballos. Todo.

—Sí, señor.

Dos de los rurales se alejaron hacia sus caballos, montaron, desaparecieron en la noche. El que llevaba la voz cantante miró entonces con más atención a Stoklin, Diana y los cachorros.

—Soy el sargento Rourke, de los rurales de Texas. Les agradecería que proporcionasen algo de *whisky* a mi compañero... ¿Es posible?

—No sólo *whisky* —dijo Stoklin—, sino todo lo necesario para curarlo como es debido. Uno de los chicos se lo traerá del carro. Mike, ve a por todo eso... ¿De acuerdo?

—Sí, señor —musitó el muchacho.

—Es usted muy amable, señor —agradeció el sargento Rourke—. Entiendo que estaban en dificultades.

—Así es. Pero nos íbamos defendiendo.

—Lo celebro. De todos modos —señaló a su alrededor—, parece que las cosas no han ido muy bien por aquí.

Stoklin miró los cadáveres de los tres muchachos, esparcidos cerca del fuego, y el de Stanley Prayton. Más allá, el de Sonora. Parecía que los rurales aceptaban aquello con la máxima naturalidad posible.

—No muy bien —admitió Stoklin.

—Lo lamento. Hace días que venimos detrás de la banda de Stan Prayton, desde Sheffield. Nos desconcertaron. Parecía que tenían que ir hacia el Sur, lógicamente, pero se desviaron. Al principio, creímos que era una añagaza, de

modo que no hicimos caso de las huellas, pero acabamos por admitir la realidad... Aunque sea una realidad incomprensible. Lo sensato por su parte habría sido entrar en México. Se llevaron catorce mil dólares del Banco de Sheffield.

—Lo sé... —sonrió Stoklin—. Yo estuve allí.

—¿Sí? —lo miró vivamente el sargento Rourke—. Fue una gran coincidencia, ¿no cree?

—No. No lo creo. Al decir que estuve allí, me refiero a que fui uno de los que se llevaron los catorce mil dólares del Banco.

Rourke parpadeó. El rural herido, y el compañero que le atendía, lo miraban incrédulamente. Por fin, el sargento sonrió, de mala gana.

—Es una broma tonta, señor...

—Stoklin. Mark Stoklin. Y no es ninguna broma, sargento. Le agradecería que me detuviese, en nombre de la ley.

Hasta el herido Kirk se echó a reír, conteniendo sus gemidos de dolor.

—¡Es la broma más divertida que he oído jamás! —exclamó.

—Pues por mi parte —sonrió Stoklin—, podré morir tranquilo: he conseguido hacer reír a un rural.

* * *

La estupefacción de los rurales había cesado. Ya no cabían bromas, tras la explicación de Mark Stoklin. Él y Diana habían decidido marcharse, cambiar de vida, huir de todo aquello. Su buena fe había quedado más que probada, no sólo al entregarse, insistiendo en que era uno de la banda de Prayton, sino al devolver los catorce mil dólares, que sacó del carromato de Casius Morrisey. Los había escondido Diana allí al ser recogidos por el tuerto, pero, con gran juicio, no lo habían dicho, pues los habrían matado inmediatamente, para quedarse con el dinero sin molestias posteriores. Era todo tan asombroso, que el sargento Rourke estaba absolutamente confundido. Y aterrado. La parte de la historia concerniente a los cachorros había escalofriado a los rurales, ciertamente.

—Respecto a los dos muchachos —murmuró Rourke—, no creo que haya dificultades. A fin de cuentas no han hecho nada malo. Una buena idea sería llevarlos a un lugar donde les quiten de la cabeza todo lo que les enseñó Lukather, o Morrisey... Ese tipo estaba loco...

—¿Y respecto a nosotros? —murmuró Diana.

Rourke se rascó la coronilla. Era un auténtico veterano, pero jamás se había encontrado ante un caso semejante. Aunque, realmente, no cabían dudas de ninguna clase.

—Bueno... Temo que tendrán que venir con nosotros, señorita Prayton. Lo lamento. Le aseguro que no dudo de las buenas intenciones de ustedes dos, pero... la ley es la ley.

—Claro... —sonrió desfallecidamente la muchacha—. Claro, lo entiendo, sargento...

Rourke frunció el ceño, y volvió a rascarse la nuca. Miró a su alrededor. Todos los cadáveres estaban a un lado, cubiertos por mantas. Una matanza escalofriante, brutal, sobrecogedora. Y lo mismo que él, parecían pensar los otros rurales. El herido, junto al fuego, con un pote de café en las manos, desnudo de cintura para arriba, parecía disgustado consigo mismo. A veces, no todo es blanco, ni todo es negro.

—En realidad —musitó Stoklin—, lo que queremos es ser juzgados, pagar como sea, y acabar nuestra vida en paz, sargento.

—Eso está bien, Stoklin. Pero... ¿sabe cuánto le pondrán a usted de condena?

—¿Cuánto? —susurró Mark.

—Diez años, por lo menos.

Mark Stoklin tragó saliva. Diana lanzó un gemido, y sus manos se crisparon en el brazo del pistolero, que pudo decir, roncamente:

—Bien... Como usted ha dicho, sargento, la ley..., es la ley.

—Claro —gruñó Rourke.

Se puso en pie, y se alejó unos pasos. Hizo una seña, y los rurales Tom, Alex y Boyd se fueron tras él. Estuvieron hablando un par de minutos, sin que sus palabras pudieran ser oídas por nadie más. Luego, Rourke regresó junto al fuego.

—Kirk —dijo—, los muchachos y yo vamos a recoger las cosas. Volveremos dentro de media hora, calculo. Vigila a Stoklin.

—Sí, señor. Esto... ¿Qué cosas?

—Las que dejamos unas millas atrás, para cabalgar mejor hasta donde oímos los disparos.

—Pero...

—¿Qué te pasa? —masculló Rourke—. ¿No me entiendes?

—Sí... Oh, sí... Desde luego, sargento. Vaya tranquilo. Yo me encargo del prisionero. No se librará de sus diez años de rejas.

—No te descuides.

Se fue hacia los caballos. Los demás hicieron lo mismo, y poco después, el rural herido quedaba a cargo del pistolero, que parecía atónito. Diana

miraba atentamente a Kirk, que había sacado su revólver y apuntaba con él a Stoklin.

—Mucho cuidado, Stoklin... —gruñó—. No me ponga nervioso.

Stoklin no contestó. Miró a Diana, y la muchacha parpadeó. Allí estaba sucediendo algo raro, pero hacía falta saber qué era ello. El rural miraba de uno a otro, hoscamente. Pero poco a poco, sus ojos comenzaron a velarse... Parecía a punto de dormirse, o de desvanecerse. Cada medio minuto, daba una brusca cabezada, abría mucho los ojos, miraba a Stoklin, y alzaba amenazadoramente el revólver...

Por fin, de pronto, ya no abrió los ojos. La cabeza le cayó sobre el pecho, y la mano que empuñaba el revólver se deslizó hasta el suelo.

—Se ha... desvanecido —musitó Diana.

Mike y Roy se pusieron vivamente en pie.

—¡Vámonos! —dijo Mike—. ¡Podemos...!

—Vosotros no vais a ninguna parte —gruñó Stoklin—. Iréis con los rurales, y ellos os dirán qué es lo que podéis hacer para ser personas honradas. No tenéis nada que temer ni que perder, y sí mucho que ganar. ¿No sois capaces de comprender esto?

—Bueno... Yo quería decir que podernos... irnos todos...

—No pienso irme.

—Mark... —dijo Diana—. Son diez años. ¡Diez años de nuestra vida, Mark! ¿Por qué perderlos, si nosotros sabemos que ya no haremos ningún mal a nadie? Sólo tenemos que montar, y marcharnos tú y yo... Son diez años de nuestra vida, de nuestro amor... Vámonos a México, y nos dejarán en paz. Sólo tenemos que vivir honradamente de aquí en adelante, y nada pasará. Mark, piénsalo: ¡diez años de nuestra vida..., separados!

Mark Stoklin se puso en pie bruscamente, pálido.

—Nos vamos... Tú y yo nos vamos, Diana. ¡Ahora mismo!

Fueron a toda prisa hacia sus caballos, montaron y miraron hacia el rural, que continuaba desvanecido. Por fin, miraron a los dos muchachos.

—Espero —dijo roncamente Stoklin— que hayáis aprendido la lección, cachorros. Pensad siempre esto: si desde el primer momento no se toma el camino adecuado, hay que dar luego muchos rodeos para encontrarlo... Y los rodeos son fatigosos, aburridos, peligrosos. Pensad siempre en mí, que tengo que escapar para siempre de Texas. Pensad eso, y... espero que sea la mejor lección de vuestra vida.

Segundos después, Mark Stoklin y Diana Prayton cabalgaban a toda velocidad hacia el Sur. Había apenas veinte millas hasta la frontera de

México.

Y a veces, una frontera entre dos países resulta útil.

ESTE ES EL FINAL

El capitán Rom Gardner, de los rurales de Texas, tenía profundamente impresionados a los dos muchachos. Era un hombre viril, sobrecogedoramente feo, duro, áspero...

—Muy bien, chicos. Vais a quedar bajo nuestra custodia... Se os buscará un trabajo en la ciudad, y más adelante, si creéis que tenéis agallas de verdad, podéis venir a verme. Puesto que tan bien manejaís el revólver, quizá haya aquí una placa para vosotros. ¿Alguna duda?

—No... —tartamudeó Roy—. No, señor, no...

—Pues esperad afuera. Tengo que hablar con mis hombres.

Los dos cachorros se apresuraron a salir, y el capitán Gardner, tras encender un estremecedor cigarro negro y retorcido, que olía a demonios, miró uno a uno a los cinco rurales. Por fin, su mirada se detuvo en Kirk, todavía vendado, de baja en el servicio.

—Kirk, espero que esto no vuelva a suceder.

—¡No, señor!

—Fue una estupidez desvanecerse teniendo a un preso delante.

—¡Sí, señor!

—Bueno... Si me permite, señor... —carraspeó el sargento Rourke.

—Adelante, sargento. Diga lo que sea.

—Bueno, yo..., opino que el balance no ha sido malo, señor. Liquidamos la banda de Stanley Prayton, salvamos lo que pudimos de una horrible camada, recuperamos los catorce mil dólares... Yo creo que no se nos debe censurar que hayamos tenido... un pequeño fallo, señor. Además, la culpa fue mía, no de Kirk. Yo di órdenes para ir a recoger algunas cosas...

—No, no... —dijo Kirk—. La culpa fue mía, sargento. Yo...

—Yo creo qué fue de todos —dijo Alex—. Debimos comprender que no estabas en condiciones para...

—Basta —gruñó el capitán Gardner—. Es todo. Salgan de aquí inmediatamente. Menos usted, sargento.

Los cuatro rurales salieron, dejando solo a Rourke ante el terrible capitán Gardner, que lo miró entonces socarronamente, a través del apestoso humo del pestilente y repugnante cigarro.

—¿Crees que también esta vez ha valido la pena, Richard?

—Seguro, Rom... —sonrió el sargento—. Dentro de unos años, los Stoklin estarán rodeados de mocosos, de trabajo y de vida... Eso es siempre mil veces mejor que pudrir a un hombre durante diez o quince años en una maldita cárcel. Sobre todo, cuando el hombre se lo merece.

—Bien... Espero... —el capitán sonrió—. Espero que ese Mark Stoklin tenga... una buena camada. Vamos a beber algo a la cantina.

FIN